

FUNDAMENTOS IDEOLÓGICOS Y PERSONALES EN EL PRONUNCIAMIENTO DEL EMPERADOR JULIANO

ROSA SANZ SERRANO

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN: El presente trabajo trata de demostrar que el pronunciamiento en la Galia del César Juliano contra el emperador legítimo, su primo Constantio II, hijo de Constantino, fue la culminación de un proyecto soñado desde que de niño vivió en directo el asesinato de la mayoría de los miembros de su familia paterna, incluido su padre, en una revuelta de soldados que estaba inspirada por el propio emperador. La amargura de su niñez y juventud, apartado de la corte y en el exilio, sin familiares ni amigos, fue un campo abonado para quienes defendían en distintas ciudades del Imperio y desde puestos de poder los intereses de su familia desaparecida. Entre ellos se encontraba una buena parte de los filósofos neoplatónicos y rétores paganos que veían con acritud la persecución de las religiones tradicionales por un emperador cristiano e intolerante. La conjunción de una serie de circunstancias, ajenas en gran parte al propio Juliano, permitió que éste contase con el apoyo militar y político para poder llevar a cabo, una vez enviado a la Galia como César para defender sus fronteras, el motín que le convirtió primero en Augusto de Occidente y poco después de todo el Imperio.

Palabras clave: Juliano, Pronunciamiento, Apoyos, Neoplatonismo, Paganismo.

ABSTRACT: This work attempts to show that the rebellion in Gaul of the Caesar Julian against the legitimate emperor, his cousin Constantius II, son of Constantine, was the culmination of a project he had dreamed of ever since, as a child, he had witnessed the murders of most members of his father's family, including his father himself, in a revolt by soldiers inspired by the Emperor himself. The bitterness of his childhood and youth, kept away from the court and in exile, without family or friends,

was fertile ground for those who, in different cities of the Empire and in positions of power, upheld the interests of his dead family. Among these were a good proportion of Neo-Platonic philosophers and pagan rhetoricians who watched bitterly as the traditional religions were persecuted by an intolerant Christian Emperor. The conjunction of a series of circumstances, largely beyond the control of Julian himself, meant he received the military and political support so that, once he had been sent to Gaul as Caesar to defend its frontiers, he could carry out the rebellion that made him Emperor, first of the West, and then of the whole Empire.

Keywords: Julian, Rebellion, Support, Neo-Platonism, Paganism.

Juliano, conocido como «El Apóstata», fue el único emperador que a mediados del siglo IV tomó la decisión de restablecer la libertad de religión, en contra de la política religiosa marcadamente antipagana, de otros emperadores del siglo IV d. C. Gracias a él, las diversas creencias disfrutaron de unos breves años de protección y revitalización de unos cultos muy afectados por la anterior intolerancia religiosa. Esta restitución formaba parte de un programa de gobierno sostenido en unos principios ideológicos que motivaron una reacción política y social que finalmente se hizo inviable más allá de los tres años que el emperador se mantuvo en el poder. Trascurridos éstos, la ideología cristiana recuperó con más fuerza todos sus privilegios sin que se volviera a dar nunca más la ocasión para un cambio semejante.

Pero la revolucionaria decisión tomada por Juliano en su edad adulta y gracias a favorables coyunturas políticas y militares, sólo puede ser entendida a partir de un análisis de su personalidad no exenta de polémica porque en él han pesado muchas veces interpretaciones dirigidas más por la fidelidad incondicional a los textos –que en sí mismos están también cargados de ideología (filósofos paganos y obispos cristianos)– que por su interpretación. Sobre todo porque gran parte de la documentación procede del propio Juliano, que construyó concienzudamente una biografía que requiere ser contrastada. Con el contraste de los documentos evitamos perdernos entre el retrato de un héroe y el de un loco, y nos acercamos mejor a un hombre marcado por una historia familiar trágica y un destino incierto de los que siempre fue consciente. Estos determinaron una buena parte los impulsos propios de su controvertida personalidad, atípica para un emperador de su tiempo por su excentricidad, su discurso a veces revolucionario, a veces anacrónico, su intemporal austeridad, su sorprendente actividad intelectual y también por su relevante desequilibrio emocional que casi le convierte en un visionario. Pero, como pretendo demostrar, gran parte de la sorprendente personalidad del actor formaba parte del

decorado del escenario preparado concienzudamente por él mismo para representar una obra que también era diseño suyo. Para ello contó con el apoyo más o menos incondicional de algunos intelectuales y políticos de su tiempo, que ejercieron sobre el personaje una gran influencia en su infancia y juventud, y con los que elaboró, quizás no demasiado conscientemente, un programa ideológico listo para ser puesto en práctica si llegaba al poder. En definitiva, el niño y el joven Juliano fueron la suma de una serie de fuerzas y acciones, y el proyecto de muchas partes dirigido a cambiar, en el caso de que los vientos fueran favorables y aún con el riesgo del fracaso, el curso político de los tiempos.

Flavius Claudius Iulianus fue el resultado de una niñez y una juventud que hoy en día podríamos considerar traumáticas y el origen de muchos rencores. Por esta razón, parte de sus actos de adulto solamente pueden ser explicados a través la «crónica rosa» del personaje. Nació en Constantinopla, como él mismo asegura en su epístola 59, hacia el año 331 en el seno de la dinastía reinante, la Constantiniana, pues su padre *Iulius Constantius* era hermano del emperador Constantino, hijo del emperador Constancio Cloro y de su mujer legítima Teodora, mientras Constantino, a pesar de ser el primogénito, lo era de una concubina anterior, Helena¹. Su madre Basilina procedía de una familia importante de Bitinia y su abuelo materno había sido cónsul en 325 y Prefecto de Roma en 326, por lo tanto un buen colaborador del emperador reinante. Al parecer, aunque todo apunta a que su padre se conservaba todavía pagano, la familia de su madre era ya cristiana y Basilina había recibido lecciones en su infancia en la capital de Bitinia, Nicomedia, de quien fuera posteriormente el obispo de la ciudad Eusebio². Aunque en realidad, la influencia de la madre fue prácticamente nula, ya que ésta murió poco después de nacer Juliano sin que sepamos las causas, y su cuidado quedó por lo tanto en manos de las nodrizas y criadas de su familia en la corte y de los esclavos domésticos de diversas

1. Juliano nació entre 331-332 porque Amiano XXV, 3, 23 dice que cuando murió en el 26 de junio de 363 con 31 años. He trabajado el problema de su infancia en Asia Menor en R. SANZ: «Julian Apostata in Kleinasien», *Istanbul Mitteilungen*, 43, 1993, 455-462. Sobre Juliano y su momento histórico podemos acudir a los clásicos trabajos de P. ALLARD: *Julien l'Apostat*, París, 1906; R. ANDREOTTI: *Il regno dell'imperatore Iuliano*, Roma, 1936 y sobre todo J. BIDEZ: *La vie de l'empereur Julien*, París 1930; I. LABRIOLA: *Giuliano l'Apostata*, 1975; D. BOWDER: *The Age of Constantine and Julian*, Londres, 1978; R. BRAUN, *L'empereur Julien, de l'histoire à la légende*, París, 1978; G. W. BOWERSOCK, *Julian the Apostate*, 1978; C. FOUQUET: *Julien, la mort du monde antique*, 1985; R. KLEIN: *Julian Apostata*, 1978; P. ATHANASSIADI: *Julian. An Intellectual Biography*, Londres, 1992. Más recientemente sobre Constancio II P. BARCELÓ: *Constantius II. Und Seine Zeit. Die Anfänge des Staatskirchentums*, Stuttgart, 2004 y sobre la ideología de Juliano I. TANASEANU-DÖBLER: *Konversion zur Philosophie in der Spätantike. Kaiser Julian und Synesios von Kyrene*, Postdamer Altertumswissenschaftliche Beiträge, 23, Stuttgart, 2008 y sobre todo el libro general de K. ROSEN: *Julian, Kaiser, Gott und Christenhasser*, Stuttgart, 2005, con una visión muy tradicional de su obra.

2. Nicomedia (Izmit) era la antigua Astaco, según Amiano Marcelino, 22, 8, 5 toda la región era muy rica en agricultura y en comercio y tenía muchos y bellos templos y edificios que competían con la capital, Constantinopla, que se divisaba desde sus costas. Respecto a las creencias familiares las fuentes no hacen ninguna referencia específica, tampoco Juliano.

procedencias, mentalidades y creencias. Su padre tampoco debió de influir en su educación infantil, ya que los hombres se mantenían al margen de la educación de los hijos durante los primeros años.

Las circunstancias de la corte, no obstante, no eran fáciles ni favorables a su familia en una época de constantes intrigas políticas y de guerras civiles que acabaron desintegrando el sistema de Dominado instaurado por Diocleciano. Los enfrentamientos militares que se derivaron de ello y que dieron el triunfo absoluto como emperador a Constantino, determinaron la marginación política de algunos importantes miembros de su familia, entre ellos sus hermanos, incluido el padre de Juliano, y dañaron profundamente los intereses de los antiguos partidarios de los rivales del emperador como Majencio y, sobre todo, Licinio, quien había tenido fuertes apoyos en Bitinia, entre ellos *Iulius Iulianus*, que estaba casado con una hermana de Julio Constancio, el padre de Juliano.³ A pesar de ello, y para mantener una cierta concordia con sus rivales, Constantino mantuvo a su lado con vida en la corte al hijo de su hermana y Licinio, Liciniano, y a sus propios hermanos, los hijos de Teodora, entre ellos al padre de Juliano, además de otros familiares que habían tenido una posición ambigua en los conflictos. Pero también es cierto que la herencia del Imperio estaba pensada para beneficiar sobre todo a sus hijos, a Crispo, nacido de la concubina Minervina, y a los que había tenido con Fausta, Constantino II, Constante y Constancio, aunque el posterior asesinato de Crispo determinó que el poder se concentrase en manos de los últimos.⁴

Fue la personalidad siempre desconfiada del emperador frente a sus antiguos rivales la que determinó posteriormente acciones como el destierro de Julio Constancio (Juliano, *ep.* 20), quien vivió en la Galia, en Grecia y en el

3. Licinio a su vez estaba casado con Constancia, la hija de Teodora y Constancio Cloro, por lo tanto hermana del padre de Juliano y del propio Constantino. Lactancio en su obra *Sobre la muerte de los perseguidores (De mortibus persecutorum)*, 8, 1 y 18, 9) presenta sesgadamente las luchas contra los otros césares y augustos por el odio que les tenía por haber perseguido a los cristianos tachándolos de malvados y pederastas, mientras que consideraba a Constantino como un «joven santísimo y totalmente digno de este cargo». Aunque se enfrentó también a Licinio pese a que el propio Lactancio atribuye a éste un decreto de libertad de cultos firmado con Constantino (*De mortibus*, 48) Es innegable que Licinio fue el rival más fuerte, sobre todo porque estaba emparentado con sus hermanos y tenía fuertes clientelas en Oriente. Se puede consultar una larga lista de trabajos sobre el problema, pero son buenas síntesis A. DEMANDT: *Geschichte der Spätantike. Das Römische Reich von Diocletian bis Justinian, 284-565 n. Chr.*, Verlag c. H. Beck, 1998, 60 ss. y M. CLAUSS: *Konstantin der Grosse und seine Zeit*, Munich, 1996, además de los trabajos citados supra.

4. Se achaca a Constantino el asesinato de Crispo acusado de concubinato con su nueva joven esposa Fausta de la que también se deshizo con un baño con agua «excesivamente caliente» y tras este acontecimiento se entregó cada vez más a la influencia de los obispos cristianos. Fue ya Sobre H. KRAFT: *Kaiser Konstantins religiöse entwicklung*, Tübingen, 1955 quien enlazó sus actuaciones religiosas con sus campañas militares. Recientemente R. LEEB: *Konstantin und Christus*, De Gruyter, Berlín, 1992, ha vuelto a reavivar la idea de la influencia que tuvo Eusebio de Cesarea en su política religiosa y en el testamento político que dejaba marginados a sus hermanos y parientes en beneficio exclusivo de sus hijos.

norte de Italia, al parecer dedicado al estudio de la filosofía. En este destierro tuvo de su primera mujer, Gala, sus tres primeros hijos, entre ellos Galo, el menor, que tendría un papel importante en el gobierno del imperio. Pero las necesidades históricas, y posiblemente las presiones de los partidarios de sus hermanos en la corte, obligaron a Constantino a recibirlo de nuevo en Constantinopla y a elevarlo incluso al consulado en el año 335, cuando se encontraba ya casado con Basilina y había tenido de ella a Juliano (Zosimo, *H. N.* II, 39). Poco antes el emperador había favorecido a otros miembros de la familia paterna, pues había nombrado rey de Armenia a su sobrino Hannibaliano y en el año 333 cónsul a su otro hermano Dalmacio, el primogénito de Teodora, mientras que su hijo, llamado también Dalmacio, fue nombrado César con la misión de defender la frontera del Danubio de los bárbaros, siendo todos éstos personajes que contaban con fuertes clientelas y apoyos políticos. Además, la hija que Julio Constancio había tenido con Gala, se casó con el hijo de Constantino, Constantino II, que era su primo y heredero de una buena parte del Imperio, a la vez que Constancia, una hija de Constantino, fue entregada como esposa a Hannibaliano. Es evidente que todas estas medidas iban destinadas a cerrar la herida abierta al comienzo de su reinado y a acallar las quejas de sus hermanos y familiares que se habían visto desprotegidos de su parte de poder, pero también a anular las posibles reacciones a su muerte cuando se conociera su testamento político que beneficiaba exclusivamente a sus hijos.

La muerte de Constantino sucedió en el verano del año 337, muy cerca de Constantinopla, pero cerca de Nicomedia, en la villa de Acyron, cuando estaba acompañado de su hijo Constancio y del obispo Eusebio de Cesarea, el probable autor de su testamento. Por lo tanto murió precisamente en una región donde dominaban los antiguos apoyos de Licinio y donde tenían gran influencia y clientelas sus hermanos. Según su testamento político, el hijo mayor, Constantino II, recibió la Prefectura de la Galia; el mediano, Constancio (presente en el lecho de muerte), recibió Oriente con Egipto; mientras que el más joven, Constante, Italia, África, Panonia y Dacia, que serían las provincias con menos problemas, mientras Constantinopla y Tracia al parecer quedarían en manos de su sobrino Dalmacio. Según el relato de las fuentes, los soldados del emperador se negaron a aceptar este último cargo ni a nadie que no fueran los hijos directos de Constantino, por lo que llevaron a cabo un golpe de mano que acabó con los asesinatos de los dos Dalmacios y Hanibaliano, los rivales políticos más directos, además de otros cargos y clientes de los mismos como el prefecto Ablabio y, por supuesto, de Julio Constancio, el padre de Juliano, y de su hijo mayor.⁵ Pero, como sabemos, las acciones de los soldados en el

5. Sobre este asunto, Eusebio, *VC*, IV, 56-68; Socrates, *H.E.* II, 25, 1 y III, 1, 6 y *Soz.*, *H.E.* V, 2, 8; Gregorio de Nacianzo, *Orat.*, IV, 21 y XXI, 16; Eutropio, *Brev.*, X, 9. Posteriormente los enfrentamientos entre los hijos de Constantino y nuevas guerras civiles acabaron por poner en manos de Constancio II todo el poder de ambos imperios. Véase, P. BARCELÓ, *Constantius II*, 19-113.

Imperio romano nunca fueron autónomas, sino que estuvieron dirigidas por los intereses de facciones en lucha por el poder. En ese momento al lado del emperador muerto sólo se encontraba su hijo Constancio, uno de los beneficiarios de la revuelta, temeroso del poder que habían alcanzado sus familiares, sobre todo Dalmacio y Hanibaliano. Para justificar las posibles sospechas que pudieran recaer sobre él, se dejó airear el rumor que aseguraba que Constantino en su testamento acusaba a sus hermanos de haberlo envenenado (Filostorgio, II, 16).

La verdad de lo sucedido en ese momento se nos escapa en la información, pero algunos autores paganos tuvieron recelos de que la masacre fuera sólo responsabilidad de los soldados.⁶ Incluso el historiador Amiano Marcelino (21,16, 8) no dudó después en implicar a Constancio directamente en el golpe y acusarle de un carácter neurótico que le impulsaba a eliminar a cualquier oponente:

Siendo comparable en su actuación judicial a emperadores mediocres, si tenía alguna sospecha, por ligera o falsa que fuere, de que se pretendía llegar a la dignidad imperial, lo investigaba sin tregua, y le daba igual si era justo o injusto, llegando a superar fácilmente en crueldad a Calígula, a Domiciano y a Cómodo. No en vano, para imitar el comportamiento sanguinario de éstos, en los inicios de su imperio, mandó asesinar a todos los que estaban unidos a él por lazos de sangre o de parentesco.

También el sofista pagano Eunapio (*Vit. Soph.* 7,1, 6 y 3, 7-9) echó la culpa a Constancio de la destrucción de la familia de Juliano que, según él, fue planeada, a la que además se confiscaron sus propiedades, lo que parece corroborar Juliano cuando en la epístola dirigida al sacerdote Teodoro le comenta que al final se le conservó íntegro el patrimonio de su abuela que estaba retenido a la fuerza por otros (*ep.* 89 b, 290 d).

En el caos de la revuelta de la soldadesca sólo conservaron la vida dos hijos de Julio Constancio, el mayor de ellos, Galo, porque al parecer estaba enfermo, y el pequeño Juliano, el hijo de Basilina, porque era un niño. Juliano recordará con dureza después estos hechos (*Oratio*, V, *Al Senado y al pueblo de Atenas*, 3, 270c-4, 281d) argumentado que pretendió matarlos igualmente, pese a lo cual, a él y a su hermano, siempre en la corte les habían tratado de convencer que Constancio había sido engañado por los soldados, lo que demuestra la existencia de las dos versiones de la matanza ya en su época. Tras la masacre, Juliano fue obligado a salir de Constantinopla, todavía un niño, llevando marcado en su pupila el horror contemplado en palacio, cuando los soldados desatados discurrían con extrema violencia por sus salas, y con el recuerdo de la pérdida de

6. Zósimo, *HN*, II, 10-41; Libanio, *Orat.*, I, 524-532 y XVIII, 31, aunque Eutropio X, 9, 1 y Aurelio Víctor, 41,18, disculparon a Constancio quien se vio desbordado por la revuelta militar. En realidad las fuentes se encuentran divididas. BARCELÓ, *Constantius II*, p. 46 ss. trata en extenso el problema de la matanza y las distintas versiones.

sus familiares. Además fue separado del otro único superviviente, su hermano mayor Galo, que fue enviado a Éfeso para alejarlo también de la corte, y se le puso bajo el cuidado de sacerdotes cristianos para que éstos aliviasen el dolor, y sobre todo conformasen su espíritu para el olvido y la resignación ante cualquier clase de aspiraciones al trono. Un proyecto al que Juliano después habría de responder con la ironía de sus escritos de juventud, todavía vivo el emperador Constancio II y, una vez muerto éste, con la amargura y dureza de discurso libre en el que tuvieron cabida el rencor y el odio acumulados durante años.

Este resentimiento no provenía exclusivamente de las experiencias tenidas en su niñez, sino que se fue alimentando con otras vivencias posteriores y por la influencia que ejercieron sobre él personajes muy significativos con los que compartió su vida. Primero en Bitinia, en Nicomedia, donde fue enviado a vivir con su abuela materna para alejarlo de la muerte y del odio de sus enemigos en la Corte, y donde comenzó a ser informado de los detalles de la tragedia familiar y de sus derechos perdidos. Juliano, en su epístola 4, recuerda esta ciudad y la casa cercana al mar, en un espacio natural, donde veraneaba con su abuela y desde la que se veía la capital Constantinopla. Idealiza estos años y lugares con el cariño del recuerdo de una infancia siempre irreal, en especial sus vistas del mar y las naves que lo surcaban, sus hierbas olorosas, sus jardines y las viñas de donde se sacaba un oloroso vino y donde parece que él se entretenía después en su juventud cuando la visitaba, además de ser idóneos para el descanso y la lectura, lejos de la cristiana Constantinopla⁷, un tanto asfixiante. En Bitinia recibió el calor de su familia y el apoyo incondicional de su tío materno Julio Juliano, quien siempre fue uno de sus principales soportes hasta su muerte y que, como buen colaborador de Licinio, pudo haber relatado al niño los hechos que él no había vivido e insuflado en él el deseo de justicia por el asesinato de sus familiares, constituyéndose así en el origen de sus posteriores reivindicaciones.⁸

Pero debido a estas circunstancias es evidente que el niño estuvo vigilado en todo momento por los espías del emperador, que le mantenían informado sobre su educación y sus movimientos. Sobre todo intentó el emperador mantenerlo en el apego a la religión cristiana bajo la tutoría del obispo Eusebio, uno de los soportes cristianos de Constancio II y antiguo preceptor de su madre, el ideal para este fin, hasta que en el año 338 fue nombrado obispo de Constantinopla (Sozomeno, *H.E.* V, 2; Sócrates, *H.E.* II, 17). Pero no hay que magnificar su influencia, pues Eusebio vigiló más que educó durante un corto tiempo al muchacho, mientras que la educación real estuvo durante unos años en manos de su pedagogo *Mardonius*, justo en la etapa en que los niños aprendían en su domicilio las bases de la lectura y la escritura, algo de música y de geografía y

7. Sobre Nicomedia y otras ciudades de Asia Menor, A.H.M. JONES: *The Cities of the Eastern Roman Provinces*, 1971, 93 ss.

8. Véase la epístola 80 de Juliano y Libanio, *Oratio*, XII, 29-66 y XVIII, 200 donde recuerda la alegría de muchos cuando Juliano tomó el poder.

se iniciaban en las lecturas de los clásicos y en el aprendizaje del latín, antes de pasar a una enseñanza superior que les preparaba para la toga viril⁹.

Pero Mardonio debía parecerse poco a Eusebio pues era de origen bárbaro, escita al parecer, conocedor de la *paideia* clásica, posiblemente pagano y muy austero, e inculcó en el niño una forma de ver la vida muy especial, conformando en él un carácter introvertido y rígido, pero a la vez explosivo, casi hiperactivo y con unas grandes ansias de conocimiento. También es probable que a su lado aprendiese Juliano a reservarse sus opiniones, a nadar en contracorriente y capear los temporales políticos que tanto daño podían hacerle, pues Mardonio conocía también los pormenores de la desgracia familiar y sabía que tenía que construir un discípulo capaz de cualquier hipocresía que le permitiera conservar su vida. Juliano tiene siempre un buen recuerdo para este personaje en sus escritos y a él le podemos atribuir la inclinación que, según Amiano Marcelino, tenía desde niño hacia los dioses, aunque Libanio sitúa la crisis religiosa mucho tiempo después¹⁰. Concretamente en el *Misopogon*, (20, 351B-353D; 21, 351 b) o *Discurso de Antioquía* Juliano ve a Mardonio como el pedagogo que le «enseñó a ir a la escuela mirando el suelo» y a tomar un solo camino «introduciendo la dignidad en la rusticidad, prudencia a la insensibilidad, fortaleza al no ceder a las pasiones y al no buscar la felicidad por este procedimiento»; además le agradece el que le apartase de vicios como el teatro, las carreras y los mimos mientras le instruía en las letras y en la lectura. Sobre sus características apuntaba Juliano (22,352, a): «era un bárbaro, por los dioses y diosas, de raza escita y homónimo de aquel que convenció a Jerjes para lanzarse contra Grecia. Un eunuco, criado por mi abuelo para que guiase a mi madre a través de los poemas de Homero y Hesíodo», y sigue diciendo que desde los ocho años alguien (sin duda Mardonio) le convenció para la lectura de Platón, Sócrates, Aristóteles y Teofrasto. Pero, hasta cierto punto, este tipo de enseñanza, mezclada con el adoctrinamiento que recibía de Eusebio en la fe cristiana, tuvo que confundir la mente del niño, que además tenía que ganarse la confianza de los partidarios del emperador al mismo tiempo que asimilaba las narraciones de la tragedia familiar. A pesar de ello, gracias al cariño de su preceptor y de sus familiares, pudieron ser éstos los mejores años de su vida.

Pero la muerte casi paralela de Mardonio y de Eusebio en el año 340, cuando Juliano tenía aproximadamente nueve años, rompió de nuevo con la placidez de su vida familiar y lo llevó al más brutal aislamiento, siendo una vez más

9. Sobre la educación de los niños, E. A. HEMELRIJK: *Matrona Docta. Educated Women in the Roman Élite from Cornelia to Julia Domna*, New Fetter Lane, Londres, 2004 y P. NÉRAUDAU: *Être enfant à Rome*, París, 1984.

10. Amiano 22, 5, 1: «desde su más tierna infancia estuvo inclinado al culto de los dioses, y poco a poco, cuando fue creciendo, aumentaron sus deseos de practicarlo; respecto a Libanio, *Orat*, XIII, 9 y XVIII, 11. Todavía cincuenta años después los niños de la corte eran entregados a esclavos que procedían del otro lado del limes a los que se llamaba escitas y tenían diversas costumbres y religiones. Véase mi libro, R. SANZ SERRANO: *Gala Placidia (ca 389-ca. 450)*, Biblioteca de Mujeres ed. Orto, Madrid, 2006.

el causante su primo el emperador Constancio que, por razones que desconocemos, lo envió a un nuevo exilio, quizás para apartarlo de los posibles apoyos a su figura que se estuvieran organizando en Nicomedia. La cólera de Juliano se desata en su *Discurso a los Atenenses* (3, 271 a-d) cuando asegura que fue un encierro el que sufrió junto con su hermano Galo, al que se había traído «del exilio» (otro exilio), y a él se le había apartado intencionadamente de sus lecciones (¿se «hizo desaparecer» también a Mardonio?), también afirma que se les intentaba encantar con las canciones que sostenía que a su familia la habían asesinado los soldados y el emperador fue engañado por ellos, para continuar:

¿Cómo podría hablar de los seis años que pasamos en una propiedad extraña, igual que los que entre los persas son guardados en fortalezas, sin que ningún extranjero se nos acercara y sin que se permitiera a nuestros antiguos conocidos visitarnos, viviendo apartados de todo estudio serio, de toda conversación libre, educados en medio de una brillante servidumbre y realizando nuestros ejercicios físicos con nuestros propios esclavos como si fueran nuestros camaradas? Pues no se permitía que ningún compañero de nuestra edad se nos acercara.

El destierro fue, como dice Juliano, en Capadocia, en lo que debía de ser una villa imperial de caza llamada *Macellum*, cercana de *Caesarea* (Kayseri) y del monte Argaios (Arghi Dagi). Allí los hermanos vivieron en un aislamiento casi total, como señala él mismo, y rodeados de espías dispuestos a informar de sus movimientos al emperador, incluidas las visitas que recibiesen y que posiblemente eran temidas por su primo porque hacía tiempo que ambos muchachos eran el objetivo de sus oponentes políticos. De no haber existido un grupo con estas características, su relegación hubiera sido una crueldad innecesaria. Pero precisamente por ello, Juliano tuvo tiempo de recrearse en su propia desgracia, como se ve por sus escritos posteriores, donde al hablar de esta etapa lo hace sumido en el rencor y dejando constancia de que fueron años de soledad y, desolación y de enormes carencias afectivas al estar sólo acompañado de un hermano, (al que siempre quiso, pero muy distinto en el carácter a él), y al que Amiano Marcelino (14, 1, 1 y 14, 11, 28) consideraba un miserable lleno de crueldad que sobrepasó después los límites de la autoridad, aunque, al contrario que Juliano, muy bello, aficionado a la caza y a las armas.

En el exilio, de nuevo se tuvo cuidado de que ambos hermanos recibiesen una educación cristiana -aunque no tenemos constancia de que fuesen bautizados todavía pues se llegaba en este tiempo al bautismo en edad adulta e incluso Constantino y Constancio lo recibieron en el lecho de muerte-, motivo por el cual es incorrecta la apelación de «Apóstata» que ha recibido Juliano en la historiografía actual. Pero también es cierto que Juliano, gracias a sus lecturas, no perdió el contacto con otras mitologías gracias a los libros de la biblioteca del obispo arriano Jorge de Lykopolis (quien sería después obispo de Alejandría), para entonces encargado -como ya lo fuera antes Eusebio de

Nicomedia— de velar por la moral de los niños e incentivar en ellos el perdón del pasado. Pero tampoco Eusebio vivió constantemente con ellos y su actividad sería más de vigilancia, razón por la cual Juliano pudo, como él mismo afirma, continuar con sus lecturas paganas favoritas (Las bibliotecas de los obispos se componían entonces de una gran parte de los libros requisados a los templos y fieles paganos). La relación afectiva con Jorge debió de ser nula pues cuando, siendo obispo de Alejandría, fue asesinado en diciembre de 361 por el populacho por haber perseguido enconadamente a los paganos y haberles arrebatado sus bienes, siendo ya Juliano emperador, éste se limitó a reprender en una carta estas acciones, pero sobre todo solicitó el envío de la rica biblioteca del obispo a Antioquía donde en ese momento se encontraba (ep. 106); parece incluso que le molestó más el saqueo que la biblioteca había sufrido, en la que se encontraban libros de muchos analistas y filósofos paganos a la vez que obras cristianas, que la muerte del obispo. También dirigió una carta (ep. 107) a Ecdicio, prefecto de Egipto, justificando su pedido con el argumento de que desde niño estaba poseído por el deseo de tener y leer libros de todo tipo.

Por lo tanto está claro que fue en Capadocia donde continuó con sus actividades intelectuales, sin rechazar ningún tipo de lectura, de una manera autodidacta de la que recibió conocimientos a veces confusos y pocos reflexionados, por su edad, que le produjeron las primeras dudas religiosas (*Oratio* V, 351-378; ep. 107). Podemos imaginar en esos parajes de montañas y bosques la estampa de un adolescente curioso, ávido de conocimientos y solo como parte de un paisaje agreste, frío y duro al que se accedía por vías intransitables, cortadas en los meses de invierno, plagadas de bandoleros y habitado por poblaciones rudas apegadas a sus tradiciones. Así al menos lo presenta en la correspondencia de Basilio de Cesarea, por lo que parece dudosa la noticia de que junto con su hermano Galo quisieron edificar con sus propias manos una capilla para Mamas, el santo local, y que la parte construida por Juliano se derrumbaba continuamente como anuncio de su posterior apostasía.¹¹ Fue allí donde según Juliano (*Misopogon*, 130 C-D) comenzó su afición al culto a Helios cuando observaba la salvaje naturaleza que le rodeaba, grandiosa en sí misma, y al sol que le iluminaba y del que procedía todo (según las tendencias henoteístas del muchacho) a la vez que se daba a todo tipo de recuerdos y añoranzas que intensifi-

11. Gregorio de Naciancio, *Orat.*, IV, 23-24; Sozomeno, *H.E.* V, 2, 9-12. Aunque Juliano, en su epístola 78 también denuncia el abandono del paganismo en Capadocia, sobre todo en sus ciudades, esta queja forma parte de su retórica de descontento con la situación religiosa dejada por Constancio. Pues en realidad, sobre todo en el campo, el arraigo de las creencias paganas era todavía muy grande aunque había en estas zonas personajes aislados cristianos de gran relevancia como Gregorio de Nysa, Gregorio de Nacianzo y Basilio de Cesarea. El trabajo de BENOÎT GAIN: *L'Église de Cappadoce au IVe. Siècle d'après la correspondance de Basile de Césarée (330-379)*, Roma Pontificum Institutum Orientale, 1985, demuestra que fue Basilio de Cesarea quien años después comenzó a desarrollar el monacato e instauró los cultos a santos cristianos como Julitte, la patrona de la ciudad donde fue obispo, el del centurión Gordios y el culto a San Mamas que había sido un pastor como dice el mismo Basilio (*Homilia* 23).

caron el rencor que siempre tuvo hacia esta etapa de su vida, hasta el punto de que después le devolvió a Capadocia el antiguo nombre indígena de Mazaka.¹²

Fue también en *Macellum* donde por primera vez Juliano se reencontró cara a cara con el asesino de su padre, ya que Constancio II hizo una visita a la villa en el año 347, se ha supuesto que para cazar, pero en realidad para comprobar el resultado de la educación recibida por los únicos familiares con que contaba, ya que no conseguía tener descendencia y estaba agobiado por los problemas en las fronteras. La impresión debió de ser buena, pues cuatro años después llamó a Galo para investirlo como César de Oriente mientras él se dedicaba a restablecer las fronteras de Occidente. La elección de Galo y no de Juliano se debía a su mayor edad y a su mejor preparación para la vida política y militar, ya que para entonces la imagen que daba el jovencito Juliano era la de un místico estafalario entregado a la lectura y la reflexión filosófico-religiosa. Por esta misma razón fue liberado él también y pudo dedicarse plenamente al estudio del helenismo y de la filosofía junto a los mejores rétores paganos de su tiempo. Primero acudió a Constantinopla donde comenzó sus estudios con el gramático Nicocles, un pagano, y con el cristiano Hecebolio que continuaba enseñando la *paidea* clásica (Libanio, *Oratio*, XV, 27; XVII, 12; Sócrates, *N.H.* III, 13). Pero es evidente que estas actividades en una ciudad donde estaba rodeado de espías no le favorecían y por ello marchó a Nicomedia con su familia, donde recuperó sus contactos, las clientelas de sus parientes y la relación con su tío Julio Juliano. Es difícil saber si con él volvieron las esperanzas de los apoyos de su padre en Bitinia, pero las circunstancias de los años posteriores así parecen demostrarlo. De momento Juliano sólo tenía la intención de completar sus estudios en las clases que impartía en la ciudad el rétor Libanio de Antioquía, que se encontraba en ese momento en ella. Pero el hecho de que era también uno de los paganos más controvertidos –pese a que había impartido clases en Constantinopla donde contaba con el apoyo del emperador, aunque se vio obligado a abandonar la capital del Imperio por las acechanzas de sus enemigos cristianos– le impidió asistir a sus clases, mandato que se debió de vigilar con cuidado, aunque se las ingenió para conseguir copias de sus lecciones pagando a los estudiantes que acudían a ellas.¹³ El peligro era que Libanio

12. Más que dudar sobre si Juliano entonces era un psicópata o un cínico como hizo R. BROWNING, *The Emperor Julian*, 224, creo que al menos se convirtió en un cuidadoso hipócrita, pues psicópatas había ya bastantes a su alrededor, entre ellos el propio emperador. Gregorio de Nacianzo denominaba a Capadocia el país de Mataza (*ep.* 34).

13. La semblanza de esta época y de los ambientes escolares de las ciudades donde impartían clases los principales rétores está bien presentada en la *Autobiografía* de Libanio (*Oratio* I). En ella el autor narra sus dificultades para enseñar en Constantinopla por las pegas que ponían los cristianos y después los problemas con que se encontraba para conseguir alumnos debido a la atracción de los estudios de jurisprudencia con los que se hacía mejor carrera que con la retórica y a la competencia de los maestros cristianos, aunque muchos de sus discípulos después detentaron importantes cargos. De Nicomedia dice que era una ciudad muy culta y próspera. Como consulta sigue siendo imprescindible, P. PETIT: *Libanius et la vie municipale à Antioche au IVème siècle d.J.*, París, 1955.

era conocido por su afición a las artes adivinatorias y a los horóscopos, prácticas entonces prohibidas que había heredado de su abuelo y eran muy corrientes en los círculos académicos y entre los filósofos neoplatónicos, junto con la teurgia y el estudio de los oráculos caldeos.¹⁴ Probablemente la dificultad de sus relaciones en Nicomedia pudo animar a Libanio a desplazarse definitivamente a Antioquía, su tierra de origen, en el año 353, donde se reencontraría con Juliano años después, aunque siguió manteniendo correspondencia con el joven (Juliano, *eps.* 35 y 39 y la recibida de Libanio, *Orat.*, I, 122).

Nicomedia, en mi opinión, fue el centro del inicio de la confabulación contra Constancio II. Recordemos que era la ciudad donde se hacían fuertes los partidarios de Licinio y de su propio padre, y donde tuvo libertad para acercarse más de cerca de la filosofía neoplatónica, integrándose por primera vez en un grupo de intelectuales guiados por una ideología. El mismo Juliano defendía en su *epístola* 40 dirigida al poeta Filipo, que la verdadera amistad nacía por la semejanza y por la mutua admiración y la debida a los hombres de mayor fortuna e inteligencia. Este grupo encontraba en el neoplatonismo y en cierta formas y creencias religiosas el punto de referencia de su actuación en la vida y, por lo tanto, estaba políticamente marcado, siendo objeto de la vigilancia de los espías de la corte, a quienes las actividades de Juliano les preocuparon siempre. Paradójicamente, toda esta etapa coincide con una política cada vez más dura de persecución de la magia y de la adivinación, así como del cierre de los templos paganos por parte del emperador Constancio II. El periplo de estudios lo cerró Juliano a partir del año 351 en Pérgamo y Éfeso donde sumó nuevos personajes a su círculo de colegas, colaboradores y amigos, algunos de los cuales los conocemos por la *Vida de los Sofistas*, del pagano Eunapio (VI-VII). Entre ellos se encontraban *Aedesius* de Capadocia, un alumno del neoplatónico Sopater y de Jámblico, Sosípatra, la viuda del neoplatónico *Eustatius*, *Chrysanthius* de Sardes que después impartiría clases en Atenas, *Eutropius* y *Eusebius* de Myndus. Además en Éfeso Juliano se encontró con quien después fue su mayor aliado, el filósofo Máximo de Éfeso, tratado por las fuentes cristianas como su inspirador, de gran personalidad y altamente peligroso para los cristianos por el carisma que tenía y la influencia que podía ejercer sobre sus discípulos, lo que ha llevado a defender a I. Tanaseanu-Döbler que su auténtica transformación, el encuentro con su identidad, ocurrió en estos dos últimas ciudades, principalmente en Pérgamo¹⁵.

14. Sobre los horóscopos y los círculos de estudiantes, Libanio, *Orat.*, I, 48-79 y XIII, 11. De hecho, Juliano fue después como emperador un entusiasta de estas prácticas y no daba un paso sin acudir a las opiniones de los adivinos. Pero como ha demostrado I. TANASEANU-DÖBLER, *Konversion zur*, 87 ss., eran defendidas por los filósofos neoplatónicos, al igual que las iniciaciones místicas y había mucha flexibilidad en ello, siendo opciones individuales. Véase Eunapio, *VS*, VII, 1, 13-14; VI, 7-9.

15. Eunapio, *VS*, VII, 1, 1-3 retrata a Máximo como el sabio de barba larga y mirada penetrante que convencía a sus discípulos y le atribuye hasta el poder de mover a las estatuas del templo de Hécate con diversas artimañas. Pero Juliano defendió que este personaje a él lo había moderado

La etapa de estudios concluyó como consecuencia del ajusticiamiento de su hermano Galo debido a sus posibles errores de gobierno como César de la *pars Orientis*. A la fuerte amenaza fronteriza y los problemas con los grupos heréticos que abundaban en las ciudades orientales y desencadenaba grandes disturbios en su lucha con los ortodoxos cristianos, se sumaron sus diferencias con el pueblo y el senado de Antioquía. Pero, si bien era cierto que su carácter y el de su esposa, la hermana del emperador, no eran sencillos (Amiano, 14, 7, 1-19), los agricultores, comerciantes y senadores de la ciudad no se lo pusieron fácil cuando se negaron a bajar los precios de los alimentos en un periodo de escasez, quizás no solamente porque buscaban el enriquecimiento, sino principalmente para acabar con su prestigio y la confianza que le tenía el emperador¹⁶. Su llamada a la corte en Milán y su ejecución en Pola en el año 354, sin un juicio previo y sin que el emperador le concediera audiencia, dio también un giro espectacular a la vida del propio Juliano, quien de nuevo tuvo que vivir la muerte a manos de Constancio II del único hermano que le quedaba vivo. Además el mismo Juliano fue acusado por sus enemigos de la corte de haber mantenido una correspondencia con su hermano, correspondencia que no le quedó más remedio que admitir (*Oratio*, V, 272, c); de haberse entrevistado con él cuando iba camino de Milán en Constantinopla (lo que Juliano negó indignado) y de haber salido clandestinamente de Macelo para adquirir, según Amiano, «conocimientos liberales» (Amiano, 15, 2, 7; Libanio, *Oratio* XVIII, 16-24), en definitiva de una actuación poco clara.

Fue llamado a Milán en 353, antes de la ejecución de Galo, junto con otros de los partidarios de su hermano, algunos de ellos procedentes de Éfeso donde Juliano había estudiado (según Libanio, *Orat.*, XV, 50) y por ello, en su epístola 40 admite que abandonó Asia Menor por «una amistad de lobos». Lo paradójico es que tuvo que esperar meses en la ciudad hasta ser atendido por el emperador que muy posiblemente no tenía tan clara la participación en el complot de semejante personaje, más dado al estudio que a las intrigas políticas, lo que le libró de su ejecución. Pero no solo, ya que los documentos lo achacan

(*Contra Heraclio* 235). Amiano (22, 7, 3) también ratifica esta admiración cuando el filósofo se encontró en un Juliano ya emperador en Constantinopla que no dudó en abrazarlo y besarle en presencia de toda la corte, lo que Amiano reprueba. En realidad la mala prensa de este personaje proviene de los autores cristianos por su apoyo incondicional a Juliano en su reorganización religiosa. Vid. Sócrates, *H.E.*, III, 1 y Sozomeno, *H.E.* V, 2. Sobre la propaganda contra Juliano trabajó ya D. BOWDER, *L'Empereur Julien*. Sobre las distintas teorías acerca del lugar donde se produjo definitivamente su conversión en la historiografía actual de nuevo I. TANASEANU-DÖBLER, *Conversion zur*, 61 ss.

16. De él tampoco tiene buena opinión Libanio (*Orat.*, XVIII, 24) pero su juicio no es objetivo porque pertenecía a una familia de curiales de la ciudad. Por otra parte parece que Galo se había negado en varias ocasiones a acudir a la corte y su violencia contra los ciudadanos más respetados, de la que se derivó la muerte de algunos de ellos, y la quema y asalto de algunas casas, no le benefició. También corría la noticia de que quería dar un golpe de estado. Las circunstancias fueron muy complejas y para más información P. BARCELÓ, *Constantius II*, 105 ss. y también A. DEMANDT, *Geschichte der Spätantike*, 80 ss. y el clásico de Ch. Vogler, *Constance II*, 50 ss.

también a la intervención de la esposa de Constancio, la emperatriz Eusebia, quien entra dentro del círculo de apoyo que le rodeó gran parte de su vida sin que sepamos las causas reales. Si pudiéramos permitirnos hacer una crónica rosa podríamos aventurar una relación especial entre ambos, quizás platónica y siempre oscura en las fuentes. Sabemos que ambos personajes debían de tener una edad parecida, mientras Constancio II era mucho más mayor, pero desconocemos si tuvieron algún trato de niños, pues Eusebia era hija del cónsul Flavio Eusebio. Aunque Juliano, que en este asunto es poco de fiar porque siempre intentó proteger a la augusta, proclama que se conocieron de adultos y que la emperatriz le tenía simpatías por ser el único familiar que quedaba con vida y porque carecía de descendencia propia. Uno de sus hermanos era amigo de Amiano, razón por la que este historiador la trata de prudente, bondadosa y de «sobresaliente por su belleza y sus costumbres, muy humana a pesar de su elevadísima posición y, gracias a cuyos enormes favores se libró Juliano de la condena y fue declarado César» (21,6,4; 15, 2, 8 y 8, 3). Pero es también Amiano quien deja una narración sórdida de su actuación respecto a la descendencia de Juliano, culpándola de haber malogrado dos embarazos de su mujer para evitarla, en una ocasión suministrándole en persona un veneno, en otra sobornando a la nodriza que cortó el cordón umbilical más de lo conveniente y asegura que fue debido a que ella misma fue, «estéril durante toda su vida» (16, 18, 19), aunque en realidad pudieran haber otras razones como la avanzada edad de Helena, la esposa de Juliano y hermana del emperador, o la estrecha relación de parentesco de los esposos.

No sabemos con seguridad qué sucedió en los mínimos seis meses que Juliano estuvo en Milán, esperando ser recibido por el emperador, que estaba en guerra contra el usurpador Magnencio, azuzado por sus enemigos de la corte y recibiendo constantes misivas de la emperatriz en el suburbio donde vivía. Pero en el panegírico que dedicó a la Augusta tiempo después Juliano, exponiéndose con ello a nuevas críticas de la corte, le destina elogios que ni siquiera hizo de su mujer a la que nunca tuvo en consideración en sus escritos pese a ser Helena, la hermana del emperador. En su discurso admite que la conoció y le saludó, lo que fue una prueba de su confianza y en esa entrevista le pidió a cambio de toda fidelidad y lealtad, lo que supone una cierta inseguridad en la Augusta respecto a sus futuras actuaciones (*Ora.*, II, 14, 123, b-c). Juliano además no duda en alabar su belleza, su inteligencia, moderación, liberalidad, prudencia y humanidad; sobre todo afirma que era una griega como él, de Tesalónica, joven y bien educada que además le regaló libros de filosofía, historia y poesía, y que quedó fascinado de su carácter y de su voz. Lo que demuestra que les unía la juventud, quizás amigos comunes en sus respectivas familias y el amor al estudio, serios argumentos para desatar la admiración de alguien tan sensible y poco acostumbrado a las mujeres como Juliano. También afirma que la augusta había hecho un viaje a Roma mientras el emperador estaba atravesando el Rin en campaña (II, 19, 129, *css.* Posiblemente en el año 357

acompañando a su esposo), pero elude informar sobre si él se encontraba entonces en la ciudad. Aunque en su *Oratio V* o *Carta a los atenienses*, cuando ya se había levantado contra el emperador, se traiciona aceptando que cuando vivía en Milán recibió constantemente de Eusebia «testimonios de su benevolencia y me invitaba a escribirla con confianza sobre lo que necesitara» (por lo que Juliano le pidió volver a casa y que a cambio los dioses le concedieran hijos) y finalmente admite que Eusebia suplicó con amor en varias ocasiones al emperador por él y que le hizo a él partícipe (no dice si personalmente o por carta) de las decisiones de Constancio, lo que a la larga y a la corta podía ser un juego altamente peligroso entre ambos jóvenes, teniendo en cuenta que se trataba de la mujer del emperador y él estaba acusado de alta traición. De hecho la emperatriz había pedido que se investigaran los hechos para salvar su vida y la de otros implicados junto con sus fortunas (II, 9, 114 d; 11, 117, c-d y 12) pues sabemos también por Amiano (15, 3, 3-8) que corrían rumores contra los honores más altos, sobre todo motivados por el notario Paulo y por el tesoro Mercurio, que existieron interrogatorios y condenas incluso en personajes muy alejados de la corte que esperaban un cambio de gobierno, de manera que la situación general en ese momento debía de ser angustiosa.

En medio de este clima, Juliano quedó libre y se le procuraron los medios para llegar a la ciudad de Como, cercana a Milán, y refugiarse de nuevo en Nicomedia con sus parientes maternos porque había perdido toda la herencia de su padre, incluidos los esclavos y las casas que había heredado Constancio (Juliano, *Oratio*, V, 4, 273). Pero al emperador no le interesaba su estancia en esa ciudad, plagada de opositores y por ello fue enviado, de nuevo por influencia de la emperatriz, a estudiar a Grecia, donde ésta siguió comunicándose con él. Juliano continuó estudios en Atenas, Corintio y Esparta, regiones alejadas por otra parte de los focos de conflicto político, aunque ya antes de su viaje iniciático (como también harían muchos siglos después Goethe o Winckelmann) comenzó a dar muestras abiertas de su interés por los dioses paganos. Él mismo cuenta (*epístola* 79) que cuando intentaba salir de Asia Menor con destino a Grecia se hizo guiar en una visita turística a la ciudad de Ilion (Hissarlik) en cuyo puerto cercano, el de Tróade, iba a embarcar en el año 355; en esta ocasión visitó los principales templos guiado por un sacerdote llamado Pegaso que debía de haber sido antes sacerdote pagano; con él visitó el Heroon de Héctor y su estatua brillante –el templo de Atenea– donde las estatuas estaban bien conservadas y donde Pegaso ni se santiguó, ni silbó ante los demonios, el Aquileion donde se comportó con mucha piedad, de manera que Juliano pensó que se hizo cristiano a la fuerza o por salvar las sedes de los dioses.

A pesar de esta «ruta turística», la mayoría de los autores modernos coinciden en aceptar que su transformación religiosa definitiva se dio en Atenas donde conoció a Prisco de Eleusis, uno de los hombres que posiblemente más influyó en su personalidad (Juliano, *eps.* 12, y 13). Allí fue compañero de estudios de sus dos grandes opositores cristianos, Basilio de Cesarea y Gregorio de Nacianzo, el último de los cuales dejó una descripción muy manida de

la personalidad de Juliano como un hombre supersticioso y de carácter muy inestable (Gregorio, *Or.*, IV, 52 y V, 23 en Sócrates, *H.E.* III, 23, 18). Fue en este viaje donde finalmente se inició en los misterios de Eleusis (Eunapio, *VS.*, VII, 3, 6), rito de paso para todo filósofo neoplatónico que se preciase, se echó en manos de la teurgia y fundamentó sus ideales tanto políticos como religiosos, rodeado de nuevo de un estrecho grupo de intelectuales paganos. Aunque no tenemos muchos datos de esta etapa, lo cierto es que ya no ocultaba sus auténticas creencias y su disposición hacia la *paideia* helenística. Pero si en algún momento en Atenas pensó en cambiar el mundo, no pasó de ser un sueño, pues Juliano sabía de sobra que para llevar a cabo cualquier acto que colmase sus deseos necesitaba un ejército y apoyos y clientelas políticas sólidas y no una pandilla de filósofos e intelectuales paganos. Las clientelas pudo tenerlas heredadas de su familia como ya he defendido y se puede comprobar por los acontecimientos posteriores, pero en la corte, ni siquiera el asesinato de su primo le hubiera garantizado el trono pues éste podía ser cubierto por personas del entorno del emperador y sobre todo carecía de un ejército que lo encumbrase y de cualquier conocimiento de las artes militares.

Sorprendentemente la oportunidad para conseguir ambas cosas se la ofreció el propio Constancio II, de nuevo influido por Eusebia según todos los indicios. De hecho Juliano salió de Grecia después de que la emperatriz se pusiera en comunicación con él, «por medio de su servicio de eunucos» (*Oratio*, V, 4, 375 ss.). Como es sabido, la causa fue la usurpación de Silvano y la difícil situación militar, que requerían un cierto reparto de poder. Su investidura como César fue el 6 de noviembre del año 355 y el relato de Amiano (15, 8, 1-22), que debió de conocer de primera mano los hechos, refleja bien a un Constancio preocupado por el estado deplorable en que se encontraba la Galia y decidido a compartir el gobierno con su primo que había regresado de las «regiones aqueas» y que llevaba todavía el manto griego (palio) que llevaban los estudiantes y filósofos de su tiempo. Confió en él, de nuevo según Amiano, a pesar de que sus colaboradores le querían disuadir recordándole lo sucedido con Galo, gracias a los consejos de la augusta quien con su prudencia le animó a seguir adelante. Constancio llamó a Juliano y le investió con la púrpura ante el ejército que le aceptó a pesar de ser un hombre educado «en las buenas artes» pero a quien el emperador creía vigoroso y capaz de llevar su misión adelante. Aunque Amiano admite que Juliano partió hacia la Galia abatido y pensando en los males que le esperaban, murmurando que nunca iba conseguir otra cosa que «morir más ocupado». Esta preocupación se ve también en su *Discurso al Senado y al Pueblo de Atenas* (274-275) donde describe cómo en la corte, rodeado de envidiosos, le afeitaron la barba y le vistieron con la clámide para que pareciera un soldado pero que allí le fue difícil soportar el «vivir bajo el mismo techo con los que sabía que habían arruinado a toda mi familia y sospechaba que, a no tardar, conspirarían también contra mí»; estaba convencido que el emperador le enviaba a la Galia para deshacerse fácilmente de él.

Juliano partió con su mujer y vigilado, una vez más, de cerca por el general Marcelo, el prefecto Florencio y el cuestor Salustio que recibían órdenes directas del emperador, por lo que el César no podía decidir nada por sí solo en el terreno militar ni fiscal ni civil, con lo que se evitaba un posible golpe de estado. Pero por otro lado, la inexperiencia de Juliano en estos terrenos puede explicar esta cautela. Paradójicamente el filósofo aprendió rápido los secretos militares que le llevaron a acumular una serie de triunfos que están bien narrados en su obra y en la de Amiano Marcelino (16, 7,1-4). Principalmente la recuperación de hasta 45 ciudades, que estaban en manos de distintos grupos de bárbaros, entre ellas Colonia y Sens, y la importante victoria en la batalla de Estrasburgo (*Argentoratum*) de junio de 357 contra una coalición de diversas confederaciones de alamanes al mando de Cnodomario.¹⁷ Estas victorias le permitieron quitarse de encima a los hombres del emperador y desarrollar una política propia en la Galia, impidiendo los abusos de carácter fiscal del prefecto Florencio e impartiendo justicia frente a la corrupción de los gobernadores y magistrados (Amiano, 17, 3,5 y 18, 1, 1-3), lo que le atrajo las simpatías de sus súbditos.

El definitivo mando de los ejércitos y el respeto de las poblaciones eran los elementos que le faltaban para llevar a cabo un pronunciamiento militar, pues contaba ya con la presencia en Galia de algunos de sus amigos más estrechos de su círculo de intelectuales, como el cuestor Salustio, que era pagano y filósofo –a quien dedicó su discurso IV o «*Consolación a sí mismo por la marcha del excelente Salustio*» cuando fue llamado a la corte para alejarlo del César (Amiano, XXV, 3, 14)–, el médico Oribaso –que no se separó de él hasta su muerte– y el pagano Evémero de Lybia, el hierofante de Eleusis con el que llevaba a cabo rituales propiciatorios para destruir la tiranía de Constancio con el fin de hacer justicia a los parientes de Juliano según Eunapio (V.S. VII, 3, 8). Además conservamos diversas cartas en las que pedía a otros amigos filósofos como Alipio (*ep.* 10) y Prisco (*eps.* 11 y 12), que se desplazasen hasta la Galia para ayudarlo en su gobierno, dispuesto ya probablemente a la acción que habría de encumbrarlo definitivamente como emperador, amparándose en las injusticias que habían soportado los galos, en la falta de agradecimiento del

17. Juliano luego llevó a cabo campañas en territorio alemán recogiendo prisioneros y botín abundante, luego actuó contra los francos salios y los cavamos, reforzó la flota de Britania, éxitos todos que Eunapio, V. S. 7, 3, 8 atribuyó precisamente a su devoción a los dioses a los que continuamente dedicaba sacrificios según Amiano. Sobre el limes remito a los trabajos de P. SOUTHERN Y K. RAMSEY DIXON: *The Late Roman Army*, London, 1996; C. R. WHITAKER: *Frontiers of the Roman Empire. A social and economic study*, Baltimore, 1994; y también R. LIM: *Public Disputation, power and social order in Late Antiquity*, California U.P., Berkeley, 1995; P. HEATHER: «The Late Roman art of client management, Imperial defence in the fourth century west», en *The transformation of frontier. From Late Antiquity to the Carolingians*, ed. W. Pohl- I. Wood-H, Reimitz, Leiden, 2001, 15-72.

emperador, que se adjudicaba todos sus triunfos, y al maltrato que recibía en la corte donde le llamaban «cabrilla», «topo locuaz», «mona cubierta de púrpura» o «griego pedante» y «Victorino», porque escribía informes hablando de sus triunfos militares (Amiano, 16, 12, 65; 17, 11, 1).

En estas circunstancias se produjo el motín cuyas principales fuentes, el propio Juliano y Amiano Marcelino, achacan exclusivamente a los soldados, como antes hiciera Constancio con la masacre de Constantinopla. Amiano (20-4,1-5) cuenta que el emperador mandó al tribuno Decencio para arrebatar a Juliano sus soldados auxiliares de émulos, bátavos, celtas y petulantes, precisamente los más fieles al César, para evitar una usurpación de la que tenía noticias por sus espías. Estos tendrían que encontrarse al mando de Lupicino con Constancio en el frente persa donde Sapor acababa de tomar la ciudad comercial de Amida, motivo por el cual los soldados se amotinaron aunque algunos de ellos se pusieron en marcha obligados por el tribuno Decencio. Amiano asegura que, a pesar de la injusticia del mandato, Juliano, que estaba acuartelado en *Lutecia* (París), estaba dispuesto a morir por cumplir las órdenes del emperador y en contra de la negativa del propio Lupicino que estaba en Bretaña y del prefecto de la Galia que temía las tareas militares. Independientemente de otros detalles, lo cierto es que alguien confeccionó un libelo difamatorio que pudieron leer los soldados (puro pasquín propagandístico para exaltar los ánimos contra Constancio) y que Juliano invitó esa noche a un festín a los responsables militares, del que se marcharon tristes por tener que abandonarle. A tenor de todo ello, se produjo la revuelta donde los soldados se agolparon aclamando con grandes voces a Juliano como Augusto, mientras él resuelto

se enfrenaba a todos y cada uno, ya mostrando indignación, ya tendiendo sus manos, rogando y suplicando que, después de haber conseguido tantos triunfos y victorias, no cometieran ninguna acción inapropiada, no fuera que esa temeridad inoportuna y ese error provocara una guerra»(Amiano, 20, 4, 15) .

El resultado final fue la coronación de Juliano utilizando un torques de un soldado, más masculino que el collar de su mujer en el que se había pensado primero, una vez elevado sobre un escudo de un soldado de a pie. Como era de esperar, y esto forma parte también de toda usurpación de poder que se precie, los soldados recibieron como promesa para cada uno cinco piezas de oro y una libra de plata, promesa que de nuevo me lleva a defender la participación activa de Juliano en el motín. Pero, para limpiar su memoria y no hacerle aparecer como un simple usurpador, Amiano (20, 8, 1 ss) termina por asegurar que fue el mismo Juliano quien informó al emperador del suceso, angustiado porque sabía que Constancio no acataría esta realidad, mostrándose humilde para que «no pareciera que se había dejado llevar súbitamente por su orgullo» y argumentando que siempre le había servido bien, aunque los soldados estaban descontentos porque no habían recibido su paga anual ni querían

partir a Oriente para separarse de sus hijos y esposa. Para cerrar el trato, el César propuso al emperador que aceptase la situación a cambio del envío de caballos hispanos y algunos jóvenes letos del Rin para que luchasen a su lado, y aceptando que fuese él quien nombrase los prefectos de pretorio, pero se reservaba para sí el nombramiento de los restantes oficiales civiles y militares. Aunque finalmente Amiano (20, 8,18; 9, 1-5) admite que además le envió otra carta de carácter privado «más dura y mordaz», cuyo contenido no conocía (pero que pudo reunir todos los reproches que hasta entonces había callado), a la que su primo le contestó que se contentase con el título de César y le impuso nuevos nombramientos en Galia como el cuestor Leonas quien fue rechazado por los soldados. Lo que podemos traducir como un rechazo del acuerdo y un reforzamiento de su posición, que fue contestado por Juliano con una movilización militar y su marcha hacia Oriente, curiosamente con las mismas tropas que antes se negaban a hacerlo, mientras los partidarios del emperador se reunían con Constancio¹⁸. Fue sólo entonces cuando Juliano por primera vez se permitió criticar, según Amiano (21, 10, 8) la memoria de Constantino al que tildó de revolucionario y destructor de las leyes antiguas y de las costumbres tradicionales y de elevar a los bárbaros al consulado, inicio por lo tanto de su estrategia de desprestigio literario de su dinastía.

En la obra personal de Juliano observamos estos mismos razonamientos, principalmente el de la negativa de los soldados que no querían abandonar las frías regiones donde vivían ni separarse de esposas e hijos y por ello «pusieron sitio al palacio llamando con grandes y repetidos gritos Augusto a Juliano» (*ep.* 17b, 8-15) al que amenazaron de muerte si no aceptaba la corona, de manera que «Vencido al fin y diciéndome que, muerto yo, quizás otro de buen grado sería declarado emperador, he consentido con la esperanza de aplacar la violencia en armas». Juliano deja claro que era lo mejor para ambos y que no había más remedio que aceptar los hechos dados sin prestar oídos a los malintencionados y aceptando las condiciones que eran «de conveniencia para el estado romano y para nosotros, que estamos unidos por el vínculo de la sangre y el rango de una fortuna superior». Además, con una ironía aplastante, le recuerda que lo que le pide no esperaba verlo realizado (ya estaba realizado), sino aprobado por el emperador, ya que las provincias de Occidente estaban muy afectadas por las acciones de los bárbaros. En una epístola enviada entonces a Máximo de Éfeso (26), otro de sus soportes que no se le había unido en Galia, repite el argumento de que fue emperador sin quererlo y que había temido por la vida de su amigo ante las represalias imperiales. Pero es sobre todo en la epístola 28 dirigida a su tío Juliano donde justifica el levantamiento

18. Amiano, 20, 4, 1 y 23, 1, 4; 21, 10, 5-7; Mamertino, *Grat. Actio Iul.*, 9; Zósimo, *N.H.* III, 10,4 y Libanio, *Orat.*, XII, 64 d. Al parecer según las fuentes escribió cartas a las ciudades más relevantes justificando su pronunciamiento. Sobre el fenómeno de las usurpaciones, *Usurpationen in der Spätantike*, hg. F. Paschoud-J. Szidat, Stuttgart, 1997.

como querido por los dioses, «Porque los dioses me lo ordenaron de manera precisa, anunciándome la salvación si obedecía», aunque con la esperanza de llegar a un acuerdo con Constancio. El deseo de los dioses como motivo de la rebelión lo repite también en su *Oratio V* (8, 280, d) en la que por fin arremete contra Constancio II, asegurando que le había tenido vigilado toda su vida por miedo a una traición por su parte y porque tenía envidia de sus triunfos guiados por los dioses (8, 280, d ss.) y se burlaba de su locura que había consistido en ponerse «al servicio del asesinato de mi padre, de mis hermanos, de mis primos y, por así decirlo, del verdugo de toda nuestra casa y familia común» (8, 281, b-c), tras lo cual le culpa de la muerte de sus familiares y de haber querido buscar la suya propia, de haberle puesto al lado de hombres perversos como Gaudencio, Florencio y Pablo el Cadena (el responsable de muchos asesinatos según Amiano, 17, 3, 1), de retirarle sus principales apoyos, entre ellos Salustio, su hombre de confianza, y sus mejores tropas.

La narración del episodio de su coronación por los soldados después del alboroto suscitado por el anónimo se completa con la explicación de la excitación de las tropas que se presentaron a llamarlo a palacio mientras él estaba en sus habitaciones, cerca de su esposa que vivía todavía, orando a Zeus y meditando sobre qué camino tomar. Con lo que rechaza toda implicación en el levantamiento y lo explica como el fruto de una concatenación de hechos (V, 11, d):

Pero como yo solo no podía imponerme a la multitud, y los dioses, que deseaban que esto sucediera, los excitaban, mientras que mi inteligencia había sufrido como un sortilegio, a la tercera hora, más o menos, no sé qué soldado me da un collar, me lo pongo y entro en el palacio, lamentándome desde lo más profundo de mi corazón, como saben los dioses. Y, sin embargo, hubiera debido, confiando en el dios que me había mostrado un prodigio, permanecer tranquilo, pero sentía una terrible vergüenza y hubiera querido esconderme ante la apariencia de no servir fielmente a Constancio hasta el final. Pero en el palacio había un gran revuelo y en seguida los amigos de Constancio, pensando haber encontrado una buena ocasión, urden rápidamente un complot y distribuyen dinero a los soldados, esperando una de estas dos cosas: o sembrar la discordia entre los soldados o que abiertamente se lancen sobre mí de forma total.

En su argumentación, por lo tanto, no sólo se defiende, sino que acusa de un complot contra él a sus adversarios, que no funcionó porque la mayoría de los soldados se dirigieron armados al palacio y lo abrazaron y castigaron a los partidarios de Constancio aunque él trató de evitarlo. Además Juliano (12, 286 a ss.), con una hipocresía que raya lo inaudito, sigue manteniendo que siempre estuvo dispuesto a un pacto, a lo que Constancio contestó organizando sus ejércitos contra él (contra los deseos de Juliano de un reparto del imperio) y le siguió tratando de César (no de emperador como pretendía Juliano). Después viene la argumentación de su temor ante la violencia imperial y su desconfian-

za hacia un Constancio, cuyos «juramentos hay que escribirlos en ceniza». De esta manera el autor lleva a los lectores al resultado final que fue la movilización de su propio ejército contra las tropas de Constancio en pro de la justicia y de la libertad y el bienestar de sus soldados, para lo cual se adueñó del oro y la plata, es decir del tesoro, tan necesario para poder llevar a cabo una exitosa campaña militar. Finalmente se despide de los atenienses, sus destinatarios, presentándose como el mejor emperador, ya que conocía y amaba a Atenas desde siempre y estaba guiado de la mano de los dioses que le habían prometido su alianza (13, 287, d).

Con la usurpación del poder en Occidente su producción literaria saca a la luz sus proyectos, así como los sentimientos ocultos desde su infancia y la realidad vivida por él y no la contemplada por otros. En su *Contra Heraclio*, escrito ya siendo emperador en el año 362 contra los filósofos cínicos de su tiempo, Juliano se justifica a través de una parábola (22, 228-229) en la que Zeus cuenta a Helios la historia de un niño (Juliano) y de un hombre rico que había heredado las riquezas de su padre (Constantino) y que tuvo varias mujeres y varios hijos a los que les dejó todo sin haberles enseñado antes a administrar y conservar sus bienes ni a mantenerse virtuosos. Por lo que se volvieron contra sus vecinos como hizo su padre (las guerras civiles desencadenadas por Constantino y luego por sus hijos), de manera que «enseguida todo se llenó de crímenes» y derribaron los santuarios ancestrales levantando nuevos sepulcros y arruinando los antiguos lugares (228 b-c). El niño desvalido, pariente de los anteriores «aunque un poco dado de lado e ignorado, sobrino de aquel hombre rico y primo de los herederos» y encendido en fuego (¿el de la firme resolución de venganza?), pues fue salvado por Helios y Atenea de la sangre, del tumulto y de la matanza (la masacre de Constancio en la corte, aunque los escritos cristianos dicen que lo salvaron unos sacerdotes), fue consciente en su juventud de su pasado y de las desgracias sufridas por sus familiares, por lo que estuvo a punto de arrojarse al Tártaro, idea ésta de un intento de suicidio que aparece por primera y última vez en sus escritos. Aunque en la narración admite que al niño le salvaron los dioses gracias a un éxtasis (las iniciaciones religiosas que llevó a cabo durante su juventud), que tenía un alma inmortal y que estaba destinado a purificar el linaje de sus progenitores. La revelación la sitúa en Capadocia, en lo que él llama un lugar agreste, donde los dioses le mostraron a su primo el heredero adormilado (Constancio) y a unos pastores y boyeros que estaban con él (los cortesanos y los sacerdotes) que se comían y vendían a los corderos y cometían injusticias. Fueron Hermes y Atenea quienes eligieron entonces al niño como «administrador de todos ellos» en lugar de ese heredero con el que estaban descontentos los mejores pastores y al que los aduladores y perversos habían hecho un esclavo, decretando Atenea (22, 232, d): «Así que lo que le sucede es que los hombres honrados no le aman, mientras recibe los mayores males de aquellos que dicen amarle. De modo que mira la manera de que, al regresar, no pongas al adulador por delante del amigo», tras lo que le

aconseja que no se deje engañar por los aduladores y que se vigile a sí mismo y venere sólo a los dioses y a cualquier hombre que se les parezca.

Su pensamiento político se encuentra también en el Discurso X llamado «*El banquete*» o «*Las Saturnales*» (*Cronia*), conocido más como *Los Césares* en el que los dioses en asamblea hacen una valoración de algunos gobernantes, quedando patente su fascinación por César, Alejandro, Trajano, Claudio el Gótico, Diocleciano y sobre todo Marco Aurelio, filósofo y hombre de guerra con el que el propio Juliano se identificaba, mientras se encuentran agrias críticas contra personajes como Tiberio, Nerón y Aureliano. Pero cuando le llega el turno a Constantino (30, 329 a ss. y 36, 335 b ss.) Juliano considera sus obras insignificantes pues luchó contra un Majencio tirado en la molicie y un Licinio ya anciano, además de estar él mismo un depredador de riquezas y ser sus hazañas militares ridículas. De manera que como «no encontraba entre los dioses su modelo de vida, descubriendo cerca la Molicie corrió hacia ella». Finalmente se atreve con una crítica hacia quien le había perdonado sus graves pecados, alegando que Jesús, que andaba por allí, proclamaba a todos: «Cualquier corruptor, cualquier criminal, cualquier maldito e infame venga con confianza; le bañaré con esta agua y al instante lo purificaré y, si de nuevo vuelve a caer en los mismos crímenes, le concederé la purificación con tal de que se golpee el pecho y la cabeza».

Pero sus cambios de postura ante la dinastía reinante se perciben sobre todo en sus panegíricos al emperador. De manera que en el discurso I o *Elogio del emperador Constancio* canta las victorias de su primo frente a los usurpadores Vetranio y Magnencio y trata de sus virtudes y de las bellas gestas de sus abuelos. Incluso le considera la mejor obra de Constantino, heredero de las virtudes y belleza de sus padres (7-8; 13, 132, a-b y 25-34), un buen militar, valeroso incluso en las derrotas, de una gran capacidad oratoria y justo para con sus súbditos. Llega a afirmar que se portó bien con sus hermanos y con los amigos de su padre y ciudadanos (¿una afirmación necesaria ante las sospechas que hacía tiempo se habían levantado contra Juliano?) pues nadie era castigado por él si se le convencía (¿ironía por el asesinato de Galo? ¿alusión a la realidad del apoyo que había tenido de Eusebia?). Sin embargo, cuando leemos el discurso III, «*Sobre la realeza*» escrito en un momento en que Juliano se siente fuerte en Galia¹⁹, se atreve a hablar ya de los dioses y deja rienda suelta a su rencor y libertad en una narración alegórica que se desarrolla a partir de la disputa entre Aquiles y Agamenón (Juliano y Constancio) donde se reprocha al segundo no valorar los éxitos del primero. Juliano en el discurso se permite incluso dar a su primo ciertos «consejos» de gobierno, rayando en lo pretencioso cuando le echa en cara el dar rienda suelta a su cólera (1, 50,

19. J. BIDEZ, *La vie*, supone el discurso en el 358-9 pero no sabe qué sentido darle y cree que nunca fue enviado al emperador. Particularmente creo que Juliano era consciente de que la literatura pervivía a los tiempos y está dirigido a posibles lectores que disfrutarían de él cuando fuera emperador, un hecho con el que posiblemente ya contaba.

a; 26, 83, c-d; 27-28)), tras lo que sentencia que nadie debe recibir el título de noble si no se lo ha merecido, ni si nació de padres malvados aunque fueran príncipes u hombres que hubieran hecho grandes construcciones como las murallas de Babilonia (clara alusión a Constantinopla), ya que no es la fortuna la que hace un rey, ni el vestido, ni el cetro, ni la diadema, ni el trono, ni un ejército numeroso, ni siquiera un pueblo, sino la virtud con la que se eleva a lo alto del cielo, la valentía, la piedad, el culto dado a los dioses, la caridad con los padres, la benevolencia con los hermanos, la dulzura para los extranjeros y suplicantes, el rechazo de las riquezas, los aduladores y las guerras, la distribución de recompensas por igual y finalmente la amistad con los ciudadanos y los soldados a los que se debe inculcar el trabajo, la disciplina y la paz dando él primero el ejemplo.

Con lo que Juliano en realidad está llevando a cabo una declaración de principios de lo que él mismo considera que es y de lo que piensa realizar tras su golpe de estado, por lo que termina haciendo su propia semblanza al aceptar que un buen gobernante además debe vivir «cediendo poco al sueño», apartándose de los placeres, no deseando riquezas ni quitándoselas a sus súbditos, huyendo de la inactividad y sometido a las mejores leyes (28, 87, c-d). En definitiva, presenta su propio programa de gobierno, de marcado corte neoplatónico (el gobierno de los mejores) que contrasta en la obra con el abandono que sufren las tropas del emperador en Galia y con el mantenimiento en su estado de las discordias internas, la corrupción de los halagadores y los crímenes a los que él mismo se entrega (29, 88,b-d; 30, 90, d). Paradójicamente y quizás porque todavía se encuentra Constancio con vida, hay una parte de adulación calculada cuando define al emperador como magnánimo al quedarse con la menor parte de la herencia de su padre y permitir vivir al niño (Juliano) de quien se había levantado contra él (Constancio Cloro). De esta manera leemos por primera y única vez leemos que la masacre de Constantinopla fue la frustración de una sedición en la que estaban incluidos los familiares directos de Constancio y también el padre del César. Luego, en un acto sorprendente en Juliano (¿puede la hipocresía llegar a estos límites?) admite la caridad del emperador que puso todos los medios para que los pequeños (Galo y él mismo) se liberasen de la «estupidez y locura de sus padres» y para que llegasen «a ser hombres buenos y sensatos».

Pero la parte más agria de su discurso aparece en la ya tratada *Oratio V, Al senado y al pueblo de Atenas*, y que fue escrito en el verano del año 361 se encontraba camino de Sirmio. En él, aunque todavía asegura su fidelidad al emperador y culpa de todo a sus espías de la corte, su tono es altanero y acusador y presenta al final todo el problema como una lucha entre religiones de la que espera salir victorioso, pero arrojando a la cara al emperador su «benevolencia» (3, 270, d ss.):

Y a nosotros, que éramos sus parientes tan cercanos, ese clementísimo emperador, ¡qué cosas nos ha hecho!: a seis primos míos, que también lo eran suyos,

a mi padre, que era su tío, y, además, a otro tío común por parte de padre y a mi hermano mayor los hizo matar sin juicio, y a mí y a mi otro hermano, aunque quiso matarnos, finalmente nos envió al exilio, del que a mí me llamó, mientras que a él lo liberó con el título de César, aunque fue degollado después.

Evidentemente gran parte de estos detalles debían ser de conocimiento público, tanto la desaparición en una noche de su familia como las circunstancias que rodearon la muerte de Galo, al que Juliano cree que se le debía, al menos, un juicio justo y el derecho de compartir la tumba con sus padres (al ser un proscrito no fue enterrado con ellos). Pero en este caso se trataba de justificar su alzamiento con el argumento de la dureza de vida a la que le había condenado el emperador, por lo que no duda en afirmar que lo peor para él había sido soportar el «vivir bajo el mismo techo con los que sabía que habían arruinado a toda mi familia y sospechaba que, a no tardar, conspirarían también contra mí» (5, 274, d). También en el *Discurso de Antioquía* o *Misopogon*, (XII, 28, 232-24 y 357), escrito en esa ciudad, cuando emperador admite que recibió el Imperio de su primo porque éste se vio obligado y que el error de Constancio fue no matarle después de haberle nombrado César, lo que evidencia la falsedad de su presunta inocencia.

Juliano movilizó sus tropas contra su primo también cuando habían desaparecido su esposa y la emperatriz Eusebia, quien le había pedido a cambio de su apoyo un juramento de fidelidad, con lo que así se sentía liberado de su promesa. No es este el lugar para narrar su camino hacia Constantinopla que hubiera desatado una guerra civil de no haberse producido la muy oportuna muerte de Constancio II en el otoño del año 361 en Mopsucrene, en Cilicia con 43 años. Lo sorprendente es el testamento de este último, repleto de generosidad al dejar el Imperio a Juliano, lo que se puede explicar por su falta de descendencia masculina y la necesidad de evitar una guerra civil o quizás, porque finalmente prefirió devolver sus derechos a la rama de su familia a la que antes se los había arrebatado. Cuando el nuevo emperador llegó a Constantinopla el 11-12 de diciembre de 361, inició una etapa de reformas en las que estuvo acompañado de sus mejores amigos de juventud, con los que había soñado compartir ese momento: En el *Misopogon* 24 se refiere sobre todo a Anatolio, Oribasio, Prisco, Himerio, Máximo de Éfeso, y el hierofante de Eleusis, además de Salustio, aunque Crisanto de Sardes no acudió y él y su esposa, pariente de Eunapio, fueron entonces designados sumos sacerdotes de Lidia; también pidió consejo a otros amigos por carta, a Teodoro (*ep.* 30), Proheresio (*ep.* 31), Basilio (*ep.* 32), Hermógenes (*ep.* 33) y al filósofo Eustacio (*eps.* 34-35 y 41). Además en Antioquía se reencontraría con Libanio (*Autobiografía*, 121-125) al que tuvo como uno de sus más estrechos consejeros y del que recibía críticas y elogios por igual. De su inspiración y de su propia experiencia en la niñez y la juventud elaboró un programa de gobierno basado en la adoración a los dioses, en la creencia en la fortuna y en el respeto a la ley por parte también de los gobernantes, y el derecho de todos a un juicio justo, dando ejemplo con el tribunal

que formó en Calcedonia para condenar a muerte a los cortesanos de Constancio culpables de crímenes, en la expulsión de los eunucos y otros sirvientes de la corte, la lucha contra la corrupción y la restitución de las curias urbanas²⁰

Pero sobre todo llevó a cabo su revolución religiosa compartida con sus compañeros de estudio. Hizo volver a los herejes cristianos que habían sido expulsados de las ciudades y protegió a los judíos intentado devolver a todos sus bienes confiscados. Es principalmente en su *epístola a los habitantes de Bostra*, (*ep.* 114, 436) donde habla de los galileos (cristianos) expulsados, perseguidos, encarcelados e incluso degollados como herejes en Samósata, Cicio, Paflagonia, Bitinia y Galacia, y del interés de muchos clérigos que habían causado desórdenes por «apoderarse de herencias ajenas y repartirse todo para ellos mismos» causando desórdenes y llevando a la multitud a la discordia, por lo que pide a los paganos que no actúen de la misma manera pues eran más causa de compasión que de odio (438 b).²¹ De acuerdo con su sentido de la justicia, legisló para que fueran restituidas las propiedades conquistadas a los paganos y sus templos, lo que evidentemente afectaba sensiblemente a los intereses económicos de los cristianos quienes desencadenaron grandes brotes de violencia en muchas ciudades del Imperio junto con los paganos que exigían de nuevo

20. En la epístola a Temistio (1, 260 b) y en su discurso *Contra Heraclio* (212 a-b) se ven estos principios. También lo sostienen así Amiano, 22, 3-4 y 32, 10, 4 y las leyes que conservamos de esta época donde se devolvía la libertad religiosa, se condonaron deudas, se fue contra la malversación de fondos públicos, contra los abusos de los esposos contra sus mujeres, la regulación de las curias etc. *C. Th.*, XII, 1, 50; XI, 16, 10; 28, 1; X, 3, 1; VIII, 1, 6; 5, 2; II, 29, 1; IX, 2, 1; XVI, 1, 8. Además limpió la corte de sirvientes innecesarios, de espías y de eunucos (Sócrates, *H. E.* III, 1, 50). En el tribunal de Calcedonia estuvieron el general Nevitta, Jovino, Arbecio, Agilón y Salustio quienes condenaron a muerte, entre otros, al temible Pablo el Cadena, al eunuco Eusebio y al encargado de las finanzas, Úrsulo, junto con Florencio que pudo escapar, y fueron también ejecutados el comes Gaudencio de Africa y el ex duque de Egipto, Artemio.

21. En la epístola 115 a los habitantes de Edesa defiende haber tratado a los cristianos con dulzura y humanidad, aunque ellos sólo levantaban discordias. Sobre su deseo de restitución de los derechos perdidos de las sectas cristianas, Sócrates, *H. E.* III, 1, 48 y Amiano XXII, 5, 3 que asegura que lo hacía para que se destrozaran entre sí y «convencido de que no hay bestia alguna tan hostil a los humanos como terribles son la mayoría de los cristianos entre sí». Pero la *ep.* 110 asegura a los cristianos que no por ello tendrán sus iglesias, se supone que las construidas en los antiguos templos paganos y en la 114 responde al obispo de Bostra que él ha sido mejor que Constancio con los cristianos, aunque en la 115 dirigida a los habitantes de Edesa confisca todo el dinero y las propiedades de la iglesia por las sediciones entre ellos. Sobre el problema sobre todo J. R. AJA SÁNCHEZ: *Tumultus et urbanae sediciones: sus causas. Un estudio sobre los conflictos económicos, religiosos y sociales en las ciudades tardorromanas (s. IV)*, Santander, 1998 y P. BARCELÓ, *Constantius II*, 78 ss.; P. BROWN: *Power and Persuasion in Late Antiquity. Towards a Christian Empire*, Wisconsin, 1998 alude también a las controversias religiosas que incluye en la renovación de las viejas lealtades en las ciudades.

sus derechos perdidos.²² No hay espacio en este trabajo para tratar en profundidad el fenómeno, pero quiero presentar al menos el ejemplo de Alejandría donde en la navidad del año 361 fue asesinado, quemado y arrojado al mar el obispo Jorge, que había sido el preceptor de Juliano quien, pese a condenar el asesinato, recuerda en su carta a los habitantes de la ciudad (*ep.* 60, 379 c) que previamente el ejército de Constancio, alentado por el mismo Jorge, tomó el recinto del dios Serapis y robó las imágenes, ofrendas y ornamentos y echó de allí a los filósofos y paganos que lo defendían, aunque admite que el obispo tendría que haber sido llevado a un juicio y no despedazado aunque se lo mereciese (de nuevo el rencor del niño frente a su carcelero en Capadocia). Situaciones violentas se repitieron en Cícico, en Pesinunte, en Gaza o en Cesarea, ciudad esta última donde los cristianos habían destruido los templos de Zeus, Apolo y Fortuna, que Juliano devolvió a sus antiguos sacerdotes, al mismo tiempo que inscribía a los clérigos en las listas de soldados y restituía la obligación de pagar tributos a los cristianos en todo el Imperio, de manera que los cristianos consideraron estas disposiciones como un ataque directo a sus intereses, lo que le puso en contra de una buena parte de las poblaciones de Oriente.²³

Estas actuaciones se correspondían también con las ideas de su círculo de amigos y filósofos como se ve en Libanio de Antioquía que en su *Autobiografía*, 118 quien celebra que la tierra cayera sin combate «en poder de un hombre que acogía con entusiasmo en su palacio la sabiduría más que cualquier filósofo» y que hizo regresar, como del exilio, las prácticas paganas que él mismo

22. R. SANZ SERRANO, *Paganos, adivinos y magos*, 99 ss; P. P. JOANNOU: *La législation impériale et la christianisation de l'Empire Roman (311-476)*, Roma, 1972 y sobre la acción de Juliano en particular, J. ARCE, «Reconstrucciones de templos paganos en época del emperador Juliano», *Riv. Stolica dell'Antiq.*, V, 1975, 201-215 y B. ENJUTO SÁNCHEZ: «Las disposiciones judiciales de Constantino y Juliano a propósito de las tierras de los templos paganos», *Gerión*, 18, 2000, 407-423. Los casos particulares los recoge Amiano Marcelino (28, 1-52; 29, 2, 9-27; 21, 1, 6-14) y la legislación el Código Teodosiano, XVI, 10, 1-25, con una buena edición inglesa de C. PHARR: *The Teodosian Code*, Princeton University Press, Princeton, 1985. Los abusos fueron tales que incluso los emperadores cristianos Honorio y Teodosio II obligaban a restituir los bienes expropiados indebidamente a los paganos por triplicado (*C. Th.*, XVI, 10, 24).

23. Más datos en Sozómeno, *H. E.* V, 4, 1; 9, 1 y 15, 4; 16, 2; 20, 7. Las poblaciones se ponía de parte de unos o de otros, no siempre guiados por la fe, sino por sus relaciones con las aristocracias dominantes en la ciudad. También testimonios en Amiano, 22, 5, 2; Libanio, *Orat.*, XVIII, 126 *Greg. Nac.*, *Orat.*, IV, 86. Al respecto, J. ARCE: *Estudios sobre las fuentes literarias, epigráficas y numismáticas para la historia del emperador Fl. Cl. Juliano*, Granada, 1975. Algunos datos son dudosos como el de que prohibió a los cristianos ejercer magistraturas y formar parte del ejército (Sócrates *H. E.* III, 13, 1; Orosio VII, 30, 2). Tuvo importantes enemigos entre los intelectuales cristianos como Gregorio de Nacianzo *Or.*, IV, Teodoreto *HR*, 2 que le llamó cerdo y Jerónimo *ep.* 70 que le llamó perro, aunque después despertó en el Renacimiento mucho interés escribiendo sobre él Lorenzo de Médicis, Erasmo de Rotterdam, Jean Bodin, el hugonote Pierre Martini, Montesquieu y Voltaire. Al respecto, A. DEMANDT, *Geschichte des Spätantike*, 89.

realizaba en su palacio con piedad. Este mismo rétor en su *Oratio* II, 30-32, dirigida al posterior emperador Teodosio, plantea el grave daño que suponía la expropiación de los templos paganos para el culto a los dioses y para las poblaciones de su entorno que acudían a los sacrificios y banquetes, que llevaban a ellos sus ofrendas y que encontraban auxilio a sus necesidades y que para entonces habían pasado ya a ser ganancia de otros (cristianos). También en su *Oratio* VII, 9-11 denuncia la pérdida con ello de los edificios, de sus riquezas, de sus vestidos, de sus campos y de sus esclavos, quedando convertidas las antiguas moradas en depósitos de leña o de escorias y sus piedras utilizadas para otras construcciones, lo que demuestra que la lucha por el control religioso tenía unas poderosísimas bases económicas en ambos lados.²⁴ Libanio no duda en acusar principalmente a los monjes de gran parte de estas acciones y en su famoso discurso XXX (8-11) llamado *Pro Templis*, destaca que estuvieron amparados por las leyes de Constancio como los gobernadores y los militares, de manera que «esos vestidos de negro», «más glotones que los elefantes», «ésos que pretenden ocultar estos excesos con una palidez que se han procurado de modo artificial», en definitiva esa chusma, se dirigía «corriendo a los santuarios con palos, piedras y hierro», incluso valiéndose de las manos y los pies, para abatirlos, tirar las estatuas y obligar a los sacerdotes a callar. Pero lo más interesante es que para Libanio

La heredad cuyo templo arruinan queda cieza, se marchita y perece. Pues los templos, Emperador, son el alma de los campos, ya que ellos constituyen el principio de las edificaciones en el campo y, a través de muchas generaciones, nos han llegado a los que hoy vivimos. En ellos tienen puestas los labradores sus esperanzas, de las que dependen los hombres, las mujeres e hijos, los bueyes, además de la tierra sembrada y la que ya ha echado sus brotes. Pero el sembrado que ha padecido esta lacra está asolado y, con las ilusiones, también se pierde el buen ánimo de los agricultores, pues creen que en vano será su sacrificio una vez que se les ha privado de los dioses, que eran los que condujeran sus esfuerzos a buen puerto.

Libanio, por tanto no entiende cómo Constancio ha podido actuar contra los intereses de sus súbditos que habían construido los templos con su dinero y esfuerzo y que, de esta manera, además se quedaban en la ruina junto con sus mujeres, hijos y ancianos que antes buscaban ayuda en los templos.

24. En los templos más famosos y visitados supuso un expolio importante, pues en la descripción que hace este mismo autor (*Orat.*, XI, 235-245) del templo de Apolo en Dafne cerca de Antioquía señala la existencia de teatro, bosques de cipreses de fragancias embriagadoras y con multitud de pájaros, viñedos, senderos, residencias majestuosas, salas para fiestas, jardines, baños restauradores de la salud y una gran riqueza acuífera que le convertía en un centro de cura importante. Zósimo señala muchas de estas actuaciones en su obra (V, 1-23).

Consciente de esta realidad y de los beneficios que ello reportaba a los cristianos, Juliano elaboró un programa de restauración de los cultos y del gobierno de los templos. Sobre estos puntos, es paradigmática la carta 84 dirigida a Arsacio, el sumo sacerdote de Galacia, donde le aconseja las líneas que debían seguir los sacerdotes para evitar que los fieles acudieran a los espectáculos públicos, se dieran a la bebida o se negasen a repartir sus bienes con los pobres y extranjeros. En la carta pide una mayor responsabilidad, bajo la amenaza de destitución, a sacerdotes que tenían que ser diligentes y aproximarse a los dioses con sus mujeres, hijos y servidores a los que no debían tolerar que se hiciesen cristianos ni caer en actos y actividades vergonzosas, además de recomendarle:

Establece en cada ciudad abundantes hostales para que disfruten de nuestra humanidad los extranjeros, cualquiera que lo necesite, no sólo de los nuestros, sino también de los demás. De dónde sacarás el dinero he pensado hasta ahora lo siguiente: he ordenado que cada año se entreguen para toda Galacia treinta mil modios de grano y sesenta mil xestas de vino (2650 Hl. De grano y 300 de vino); de ellos afirmo que hay que gastar el quinto en los pobres que están al servicio de los sacerdotes, y el resto repartirlo a los extranjeros y a los que mendiguen de nosotros. Pues es vergonzoso que entre los judíos ni uno mendigue y que los impíos galileos alimenten además de a los suyos también a los nuestros, mientras que los nuestros se vea que están faltos de nuestra ayuda. Enseña a los partidarios del helenismo a contribuir con sus impuestos a estos servicios, y a las aldeas griegas a ofrecer las primicias de sus frutos a los dioses, y a los griegos acostúmbrales a semejantes obras de beneficencia, enseñándoles que ésta era antiguamente nuestra forma de actuar.

Por lo tanto hay un interés por una vuelta a las raíces del paganismo, a su función social y a la caridad que los cristianos sí practicaban. Lo que se complementa con lo expuesto en otra epístola a su antiguo compañero y ahora sacerdote, Teodoro (ep. 89 a), pidiendo al sacerdocio moderación, bondad y humanidad y un conocimiento de los ritos y de los dogmas –que debían ser conocidos y practicados huyendo de la lectura de libros impuros– y mostrando la decadencia y el abandono en que estaba ya el sacerdocio tras más de treinta años de persecución religiosa. Pero no se trataba de copiar la reorganización de los cristianos como se ha querido ver generalmente, sino de volver a los orígenes filantrópicos y caritativos del paganismo que en parte habían sido heredados por el sacerdocio cristiano y que ahora se querían atribuir en exclusiva. No es que los centros de ayuda a los pobres y de curación de los enfermos y acogida a los extranjeros no hubieran existido antes del cristianismo, sino que con el cierre de los templos y la corrupción de una parte de su sacerdocio, los paganos habían perdido esta filantropía que antes se canalizaba a través de los lugares de culto.

En definitiva, Juliano buscaba la pureza en las religiones paganas y con ella la de la enseñanza de sus principios, motivo que le llevó a decretar una ley por

la cual estaba prohibido a los cristianos enseñar aquello en lo que no se creía a los niños y jóvenes (el helenismo) porque, como justifica en su epístola 61 c, no se podían llevar en el alma «doctrinas que son contrarias a las que públicamente ejercen»²⁵

Las bases de las disposiciones y reformas se correspondían con una ideología basada en unos principios éticos que Juliano creía derivados del helenismo y que defiende principalmente en su *Oratio IX o Contra los cínicos* con un fundamento en la piedad a los dioses, la austeridad, el rechazo a los baños, las pasiones y a los juegos, las tabernas y los prostíbulos, la búsqueda de la virtud, la verdad y la libertad, de la autosuficiencia y la idea de justicia de Diógenes y los primeros filósofos cínicos a los que, según él, hasta Platón envidiaba, (6-196d). Ideas que en parte están también recogidas en su *Oratio VIII a la Madre de los dioses* donde su discurso de corte neoplatónico, no obstante, es sumamente caótico y alcanza altos niveles de incongruencia²⁶. Esta misma ideología le llevaba a burlarse de los mitos cristianos, como contemplamos en el *Discurso contra los Galileos* donde hace serias críticas del Antiguo Testamento y presenta al dios cristiano como envidioso y celoso, a Jesús poco importante, salvo en las curaciones que practicó y por los engaños que hizo a las criadas y a los esclavos, y a los cristianos en general herederos de la crueldad de los judíos, esclavos de duro corazón y de leyes bárbaras (205 E; 206 AB; 213 A-238 D). Finalmente contrapone con unos argumentos muy confusos basados en el neoplatonismo las figuras de Moisés y de Platón y presenta sus principios filosófico-religiosos caracterizados por un fuerte henoteísmo nominalista. Esta misma característica de su pensamiento se repite en la epístola 89 donde afirma que los cristianos y judíos adoraban «a quien es verdaderamente el ser más poderoso y más bueno que gobierna el mundo sensible, y al que sé muy bien que también adoramos nosotros con otros nombres». Su henoteísmo que podríamos llamar helicentrismo es muy marcado en su *Oratio, XI o Himno a Helios*, donde los dioses son considerados las diversas formas de este dios al que Juliano admite haber adorado desde niño porque en su familia lo era desde tres generaciones (alusión al paganismo de su padre).

25. Les recomienda que se vayan a sus iglesias a interpretar a Mateo y Lucas. Pero a los niños cristianos que deseen ir a la escuela no les está prohibido. Su lógica era aplastante, los niños a la escuela y la enseñanza en manos de los paganos para que así fuese este tipo de enseñanza la que recibiesen (la ley es del 362, *C. Th.*, XIII, 3,5 y fue criticada incluso por Amiano). Ello obligó a abandonar la enseñanza a su amigo Proheresio (Jerónimo, *Crónica*, 363 y Gregorio de Nacianzo, *Orat.*, IV, 5.). Sobre la herencia pagana de la caridad y la filantropía pagana véanse T. S. MILLER: *The Birth of the Hospital in the Byzantine Empire*, Baltimore, 1985; R. LIZZI: *Il potere episcopale nell'Oriente Romano*, Roma, 1987, 13 ss. y mi trabajo, R. Sanz Serrano: *Historia de los godos. Una epopeya histórica de Escandinavia a Toledo*, Madrid, 2009, 500 ss.

26. Recomiendo la traducción hecha de sus discursos y cartas por J. García Blanco en la Editorial Gredos, donde además aporta interesantes reflexiones sobre estos problemas.

Es evidente que no contamos con el espacio suficiente para analizar el pensamiento filosófico-religioso de Juliano que ha sido muy bien tratado recientemente por Ilinca Tanaseanu-Döbler entre otros²⁷. Pero lo cierto es que lo que el propio Juliano considera helenístico no ya es la *paideia* clásica como modelo de enseñanza²⁸, sino una nueva forma de cultura y de pensamiento en Oriente donde lo griego está siendo reinventado, sincretizado y reinterpretado y, en el caso de Juliano, con mucha confusión. Pero hay también una fuerte carga política en las ideas y las actuaciones debido a la persecución que el paganismo y la cultura clásica había venido sufriendo desde hacía más de tres décadas. Y de hecho los personajes que le rodearon habían tenido siempre una conocida participación en actividades políticas en las ciudades donde impartían sus clases, como se refleja sobre todo en la *Autobiografía* de Libanio.²⁹ En realidad, sus iniciaciones religiosas en los misterios y el uso privado de las actividades mánticas los consolidaban como grupos cerrados y elitistas, como intérpretes de los dogmas religiosos y filosóficos y como defensores del mantenimiento de un estatus, también frente a los cristianos.³⁰

27. *Konversion zur Philosophie* presenta toda la problemática de sus estudios neoplatónicos y las relaciones con los principales filósofos de su tiempo. En el trabajo se recoge también una abundante bibliografía sobre el neoplatonismo pero yo quiero resaltar las obras de A. C. LLOYD: *The Anatomy of Neoplatonism*, Oxford, 1990 y A. MURDOCH: *The Last Pagan*, Stroud, 2003 y en concreto sobre Juliano, R. SMITH: *Julian's Gods. Religion and Philosophy in the Thought and Action of Julian the Apostate*, Londres, 1995.

28. G. W. BOWERSOCK: *Hellenism in Late Antiquity*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, hace un estudio sobre las fuentes del helenismo romano, con su tradición siria y egipcia, pero también de las transformaciones que fue sufriendo. A. DEMANDT, *Geschichte der Spätantike, 80* ha considerado que pese a que Juliano es un hijo del helenismo (*ein Kind des Hellenismus*) no reconocía la diferencia entre la religión y la filosofía, mezclaba la cosmología y la ética, los mitos con los rituales, la argumentación lógica y el pensamiento místico. Pero creo que esta era una característica común con otros filósofos e intelectuales de su tiempo, donde la amalgama de creencias, ritos, mitologías y pensamiento es evidente.

29. Al respecto la obra clásica de P. PÉTIT: *Les étudiants de Libanius*, Paris, 1956, pero también AVERIL CAMERON: *Christianity and the Rhetoric of Empire: The Development of Christian Discourse*, Berkeley University Press, Berkeley, 1991 y PIERRE CHUVIN: *A Chronicle of the Last Pagans*, Harvard University Press, Harvard, 1999, además del artículo de A. F. NORMAN: «Libanius: the Teachers in an Age of Violence» en Libanios, ed. G. Fatouros-T.Krischer, *Wege der Forschung* 621, Darmstadt, 1983, 360-380. Libanio deja constancia en su Autobiografía de cómo se formaban distintos grupos de estudiantes bajo la dirección de un rétor que competían entre sí, llegándose a momentos de extrema violencia que estaba dirigida también al control de los cargos que poco a poco iban pasando a manos de los cristianos, hasta el punto de que muchos paganos se hacían cristianos para no perder la oportunidad de hacer carrera política y de hecho algunos gobernadores provinciales de la época habían sido discípulos de Libanio y se carteaban con él.

30. Muchos provenían de familias importantes de curiales como demuestran los ejemplos del mismo Libanio, de Sinesio de Cirene, de Agustín de Hipona o de Ausonio en Galia. Algunos de los cristianos habían sido anteriormente paganos y pertenecido como Agustín a grupos de este tipo como los maniqueos. He trabajado algo este tema en R. SANZ SERRANO: «Aristocracias paganas en Hispania Tardía s. V-VII» en *Necedad, sabiduría y verdad: el legado de Juan Cascajero*, eds. D. PLÁCIDO, E. J. MORENO ARRASTIO Y L. A. RUIZ CABRERO, *Gerión*, 25, 1,

Debido a estos principios, la revolución de Juliano tuvo un rápido final originado en la reacción de sus contrarios. Los primeros indicios se constatan durante su breve estancia en la ciudad de Antioquía en la que se encontraba de paso al decidirse a atacar a los persas en su propio terreno tras creer terminadas sus reformas sociales. Pero Antioquía había sido ya la tumba política de su hermano Galo e iba a ser también la suya precisamente a causa de sus reformas religiosas. Paradójicamente las causas esgrimidas por sus ciudadanos para enfrentarse al emperador fueron las mismas que las que utilizaron con Galo, que era cristiano: la imposibilidad de rebajar el precio de los alimentos con los que Juliano tenía que alimentar a sus tropas y cuyos precios empezaban a crear problemas también entre la población (al haber una mayor demanda de ellos). Juliano cometió el mismo error que su hermano al intentar forzar a los habitantes del campo y de la ciudad a acceder a sus peticiones, lo que determinó su reacción en contra, incluida la de su amigo Libanio (*Autobiografía*, 125-127) que defendió las posturas del Senado y criticó a los aduladores que aconsejaban mal al emperador (quizás en una cierta rivalidad con Prisco o Máximo) y el comportamiento un tanto exhaltado de éste. Tampoco Amiano (22, 14, 1) creía que el enfrentamiento con los notables antioquenos, obligándoles a fijar el precio del grano fuera la solución, pero admite que al menos no utilizó la violencia como su hermano, pero sí que despertó la burla entre los habitantes de la ciudad por su forma de vestir y de peinarse.

Además Juliano había echo sacar los cuerpos de los mártires cristianos que habían tomado el lugar del antiguo oráculo de Apolo en la cercana Dafne, lo que había motivado que los cristianos lo quemaran y Juliano clausurase su iglesia (Amiano, 22, 12, 8 y 13, 1). Aunque él mismo admite en su *Oratio*, XII o *Discurso de Antioquía*, 33-36 que le molestó comprobar como nadie acudía al templo a sacrificar o con sus ofrendas, mientras las de los cristianos eran utilizadas para atraerse a los pobres, además de recordarles que les había condonado parte de los impuestos y repartido entre el pueblo más de tres mil lotes de tierra sin cultivar que había expropiado, mientras los ricos vendieron el trigo clandestinamente más caro y el vino, las legumbres y la fruta a precio de oro. En su *Misopogon* (El enemigo de la barba, 7-15) les reprocha igualmente las críticas que hacían de su barba, donde decían que corrían las pulgas, de sus dedos manchados de tinta, de su vello en el pecho (que contrastaba, según él, con el afeminamiento de los antioquenos), de su forma de comportarse, de vivir, de alimentarse con austeridad y sus noches de vela en un jergón, además de su amor a la filosofía, en contraste con la vida en la ciudad donde había

2007. 443-480. También R. A. KASTER: *Guardians of Language: The Grammarian and Society in Late Antiquity*, Berkeley University Press, Berkeley, 1988. No creo como defiende P. CHUVIN: *Chronique des derniers païens*, Paris, Les Belles Lettres, 1991, 49 que lo «nuevo» de la *paideia* de este tiempo estuviera basada en los principios cristianos, sino que ambos beben de las mismas fuentes y tradiciones filosóficas.

«más mimos que ciudadanos», no se respetaba a la justicia y sólo se buscaba el enriquecimiento y el placer, además de ser «ateos»³¹.

La situación originó la partida de Juliano en junio de 363 que, además, estaba deseoso de presentar batalla a los persas, restablecer las fronteras y reconquistar Amida, en el intento de emular las hazañas de Alejandro que era su referente y conseguir lo que ningún emperador romano había conseguido antes. No es el momento de hablar de la campaña persa que al mando del *comes* Procopio llegó hasta la capital, Ctesifonte, ni de su retirada sin poder tomar la ciudad, faltos de alimento, habiendo quemado las naves con que tenían que cruzar el Eúfrates, con dificultades por todos lados, perdidos intencionadamente por los guías, que les traicionaron, y con un ejército que desconfiaba cada vez más de un emperador al que consideraban un iluminado. Fue en Persia donde finalmente Juliano perdió la vida, en plena campaña y en pleno verano oriental, el 26 de junio del año 363. Existen todos los indicios de que la traición había venido de parte de los mismos romanos, principalmente los cristianos, aquellos que nunca le habían apoyado y que en realidad se mantenía fieles a la política de Constancio II. Amiano (25, 3, 1-24), que debió de conocer la realidad pero no podía afirmarla, sostiene que se lanzó al fragor del combate en primera línea, sin coraza, sólo con un escudo, con audacia, agitando la ira de los perseguidores, y que de repente, sin que se supiera su procedencia, lo alcanzó una lanza de un soldado de caballería, «tras pasar rozando la piel de su brazo, le atravesó las costillas y se hundió en la cara inferior de su hígado» y que Juliano moribundo dijo a sus colaboradores que no le importaba morir porque había procurado el bienestar y el gobierno justo de sus súbditos. Afirma este autor que murió, al lado de sus mejores amigos, cuidado por Oribasio y teniendo a su lado a Anatolio, a Nevita y a Salustio, que nunca le habían abandonado, y conversando con los filósofos Máximo y Prisco acerca de la nobleza del alma. Pero Libanio (*Orats.*, XVIII, 274; XXX, 40), menos temeroso en su tiempo, no dudó en afirmar que había sido un mercenario sarraceno comprado por los

31. Libanio escribió en el año 386 la *Oratio* II para denunciar la injusticia y la opresión de los fuertes frente a los débiles y la situación de los presos de las cárceles en Antioquía donde los hombres podían morir sin previo juicio, pasar hambre o pudrirse en espera de un juicio justo, siendo alimentados por sus mujeres e hijas que tenían que dedicarse a la mendicidad. Habla de los abusos de los gobernadores, de los recaudadores de impuestos y de los nuevos curiales venidos de fuera (él pertenecía a una rancia familia de curiales que veía cómo recibían estos cargos gentes enriquecidas, surgidas de capas sociales más bajas y cristianas); también critica el poder absoluto de la nobleza en el campo, que explotaba a sus dependientes y sus esclavos y los fuertes abusos de los encargados de recoger los impuestos. En su *Autobiografía* repite muchos de estos argumentos denunciando una situación lamentable. Para una visión general de la vida de la ciudad a través de su obra, remito a P. PETIT, *Libanius* y a los trabajos clásicos de A. J. FESTUGIÈRE: *Antioch païenne et chrétienne*, 1959; A. F. NORMAN: «Libanius: the Teachers in an Age of Violence» in *Libanios*, ed. G. Fatouros-T.Krischer, Wege der Forschungs 621, Darmstadt, 1983, 360 ss, y J. H. W. G. LIEBESCHUETZ: *Antioch: City and Imperial Administration in the Later Roman Empire*, Oxford, Clarendon Press, 1972.

cristianos o un ardid de éstos, versión que el cristiano Sozómoeno aceptó como probable (*H.E.* VI, 2).

El detalle de la lucha en pleno fragor de un combate a la desesperada, estando ya cerca su derrota, sin protección ni armamento y la noticia que también da Amiano de que Juliano había vivido la premonición de su muerte, así como la titánica retirada con su ejército desde las entrañas del imperio persa, nos permite argumentar la probabilidad de una autoinmolación al ver venirse abajo su proyecto de gobierno y de vida. Ese proyecto que había soñado en infancia y juventud, que por fin pudo ver materializado tras el pronunciamiento de Lutecia una vez que tuvo en sus manos las armas y el dinero para llevarlo a cabo. Como hemos visto en el texto, desde el principio hasta el fin Juliano no estuvo solo, sino inspirado, sostenido y protegido por su círculo de parientes, clientes, amigos y compañeros de estudio que le siguieron con fidelidad hasta el final. Incluso contó con el apoyo de la emperatriz mientras ésta vivió, esa mujer de la que Juliano calla mucho más que escribe. Juliano no decepcionó a sus soportes y por esta razón escribió Libanio después de su muerte (*Oratio*, XXX, 40):

Con todo, sigue siendo excelso incluso después de muerto. Porque pereció víctima de un ardid, como Aquiles, pero, por las gestas que llevó a cabo antes de su muerte, es celebrado en cantos como aquel héroe. Y esta gloria suya procede de los dioses, a los que él restituyó sus templos, su culto, los campos sacros, los altares y la sangre de las víctimas....Por ese motivo acogió con alegría su herida y se enorgullecía al contemplarla. Sin derramar lágrimas, él mismo reprendía seriamente a quienes sí lo hacían, ya que no creían que el golpe fatal era para él mejor que cualquier clase de vejez.

¿Cabe mejor final para un héroe?◆

